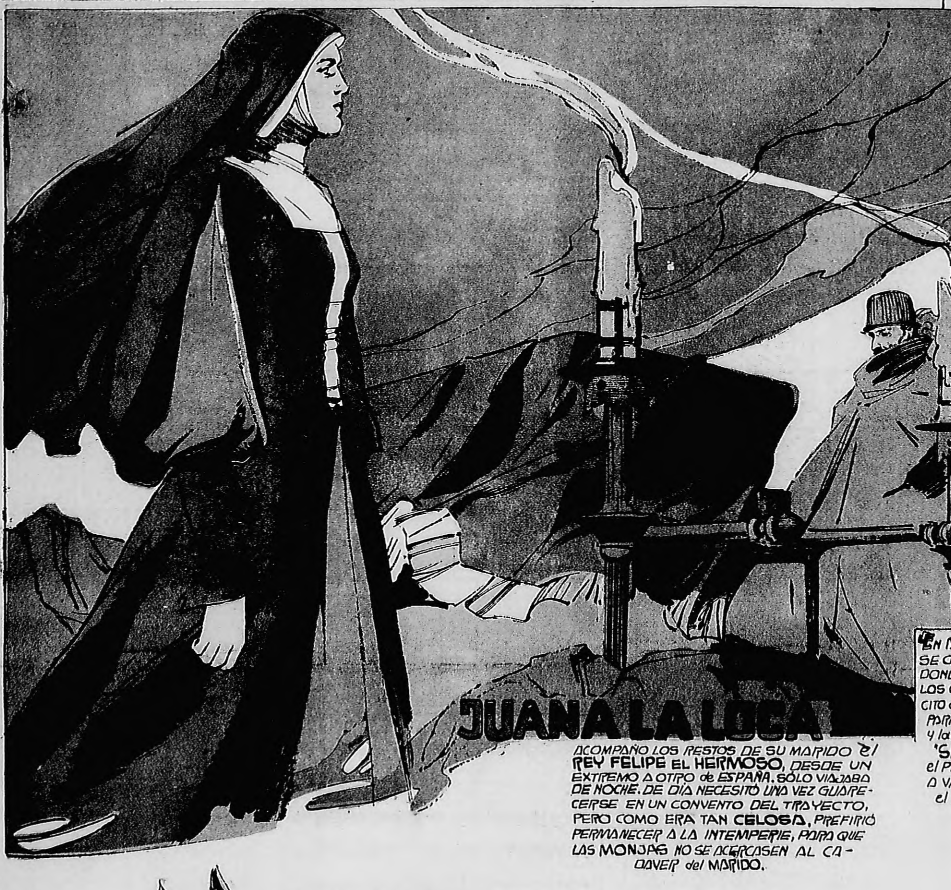


CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO II — BUENOS AIRES, AGOSTO 11 DE 1934 — No. 26

VISTO y OIDO ★ *Más Fuerte que el León y que el Tigre* ★ por PREMIANI



JUANA LA LOCA

ACOMPAÑO LOS RESTOS DE SU MARIDO el REY FELIPE EL HERMOSO, DESDE UN EXTREMO A OTRO de ESPAÑA. SÓLO VIAJABA DE NOCHE. DE DÍA NECESITÓ UNA VEZ GUARECERSE EN UN CONVENTO DEL TRAYECTO, PERO COMO ERA TAN CELOSA, PREFIRIÓ PERMANECER A LA INTEMPERIE, PARA QUE LAS MONJAS NO SE ACERCASEN AL CADAVER del MARIDO.



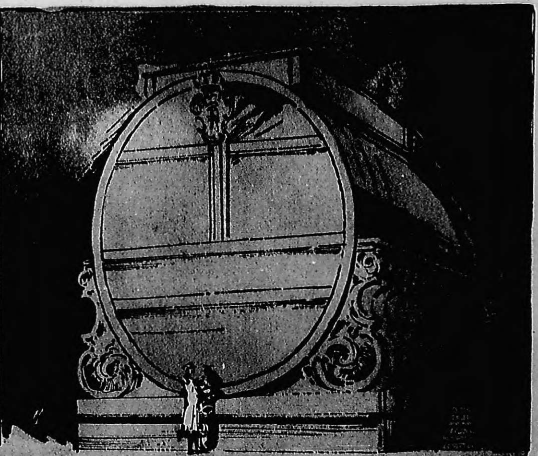
En ALLAIRE, LA LLAMADA ALDEA ABANDONADA de NUEVA JERSEY, SE CONSERVA UN HORNO DONDE FUERON FUNDIDOS LOS CAÑONES DEL EJERCITO de WASHINGTON PARA la REVOLUCIÓN, y las CALDERAS del "SAVANNAH", el PRIMER BUQUE A VAPOR QUE CRUZÓ el ATLÁNTICO.

★



El MAESTRO ITALIANO LUIS MANCINELLI FUÉ EL PRIMERO QUE DIRIGIÓ la ORQUESTA DEL ACTUAL TEATRO COLÓN de Bs. AIRES, INAUGURADO el 25 de MAYO de 1908.

Las MANDÍBULAS de la HIENA SON MÁS FUERTES QUE LAS DEL LEÓN y del TIGRE. CUANDO SE ENFURECE, SU RUGIDO SEMEJA UNA CARCAJADA HUMANA.



La CUBA MÁS GRANDE DEL MUNDO es la FAMOSA de HEIDELBERG, CON CAPACIDAD PARA 212.422 LITROS. NUNCA SE PUDO LLENAR del TODO.

EL NEGRO DAÑO



POR

Patricio Lynch Pueyrredón

ILUSTRACION DE ROJAS

CERCA del Puente del Anima, en unos campos del fisco, vivía Ña Ciriaca, en un ranchito petiso y sillón, dos de cuyas paredes estaban medio vencidas para el mismo lado, dando la impresión de que el viento, a la primer pechada, lo tumbaría sin remedio. Pero los pamperos habían pasado sobre él sin sacarle siquiera los yuyos que crecían entre la paja del techo. Sobre la edad de Ña Ciriaca se habían echado cálculos, muchos; pero todos con el mismo resultado: debía ser muy vieja, tanto que el más viejo de los vecinos la había conocido cuando ya era una mujer formal, viviendo en ese ranchito en que se había hecho pasa, solita su alma y entregada a sus brujerías que le habían dado fama hasta el punto de que sus mentas llevaban a muchas leguas del lugar y de los pagos más apartados caía la gente a consultarla sobre cosas diferentes y absurdas.

El padre de Froilán había sido desde muchacho un varón de esos que se ríen del peligro que se ve y que lejos de dispararle a una de a pié, van a buscarla mano a mano, para sacarle el bulto al filo y a la punta sí, pero de cerquita, como para no quedarse si acaso, sin entibiar la hoja del cuchillo en la carne del contrario; mas, al enfrentarse con lo incomprensible y misterioso se quitan el sombrero respetuosamente. Al divisarlo dirigiéndose a su rancho, después de vadear el arroyo, la vieja Ciriaca entró a la pieza. El hombre, después de pronunciar en vano el Ave María Purísima, desde cierta distancia, decidió atracarse y golpeó la puerta con el cabo del rebenque. Esta cedió tanto como para dar paso a una paloma negra que se elevó muy alto, trazó un círculo inmenso, tomó una dirección fija y se perdió de vista entre las nubes.

—Ya se jué — murmuró la vieja que silenciosamente había salido colocándose al lado del paisano.

—¿Linda la palomita ¿no? — dijo sonriendo el gaucho.

—¡Eh él!

—¿Quién?

—El demonio.

Se persignó el hombre entre desconfiado y temeroso, y dijo como jugando, pero lo dijo:

—No mi asuhte doña. Ya sabe que soy máh tierno que cuajada.

—Estubo a desirme lo que boh queréh saber, Sipriano.

Miró él a la vieja, dudando todavía; pero la miró con gana de convencerse, yéndosele al fondo con la mirada.

—¿Y qu'eh lo que li-ha dicho? — inquirió brillándole en la mirada esa viveza característica del criollo, hecha de ignorancia y de malicia.

—Lo de tu-hijo. Pasá. Mirá lo que son las cosah ¿no? Boh en mi casa. Podía ehperar a cualquiera menoh a boh.

En realidad había ido a eso, por consejo de un amigo. Quería conocer el porvenir del cachorro. Pero no se explicaba las últimas palabras de la vieja, y la interrogó sobre su significado. Esta respondió:

—Poco a poco.

Habían entrado a la pieza del rancho. Se sentaron frente a un banco que hacía las veces de mesa, y en el cual había un candil. Ella manoteó el mazo y entró a barajar. No necesitaba explicar él cómo era el chico. Ella solita se lo iba a decir. Se trataba de un mocoso blanco y rubio como la madre y con el mismo color de ojos de la pobrecita finada; unos ojos más negros que la boca de la cueva del diablo. ¿Sabía él dónde quedaba la cueva del diablo? ¡Qué iba a saber! Y ¿había visto él al diablo "en persona"? Menos. Bueno. Ella, la vieja Ciriaca, lo veía cuando quería, y hablaba con él y se trataban como amigos. Para verlo le bastaba tamborilear con los dedos sobre aquel banquito que tenían por delante. Cuando lo hacía, un montón de diablos viejos y entecados salían de todos los rincones del rancho, y por último el tata de todos. Cipriano se puso el sombrero y con el codo se tocó disimuladamente el cabo del facón, mientras su mirada desparramada alrededor le aseguraba la puerta. Después de un rato de charla aparentemente sin objeto, la bruja echó las cartas una a una, arreglándolas en cuadrado sobre el banquito. Al fin dijo:

—Tu-hijo que no conoserá mama, será por juersa mujeriego. Pero nunca deberá casarse. No lo dejéh casarse.

—Claro que no. El gaucho no debe casarse nunca — comentó Cipriano —. Al gaucho no debe faltarle nunca ni cabayo ni mujer, pero di-áhi a casoriarse...

Ella no le tomó atadero y continuó:

—El muchachu-ha nasido con mal'estreya... y boh tenéh la culpa.

—¿Yo?

Un largo silencio siguió a la breve pregunta. La vieja bruja, de cara endurecida, dejó asomar a sus ojos apagados, un destello violento. Sus dedos temblaron como sarmientos agitados por una racha de viento. Sus labios murmuraron algo incomprensible y al fin se aquietó:

—¿Ti-acordáh de Catalina, ché?

Entrecerró los párpados el paisano y pensó en voz alta: "Catalina... Catalina". Con una palmada en la frente acabó de hacer brotar el recuerdo a flor de labio.

—¡Ya lo creo!

Había sido una muchacha a quien él le arrastró el ala, un tiempo antes que a la finada madre de su hijo. La había querido, pero la madre era una mujer echada para atrás, y no lo dejaba llegar a las casas sin el cura. Cipriano se hubiera acollarado, aunque no a dos tirones.

—Tenía mala fama — apuntó la vieja.

Una mañana, Catalina fué hallada colgada del pescuezo con un maneador, en el alero del rancho. La gente dijo de todo de ella y de Cipriano. Pero sin razón. Los dos se habían portado bien y no merecían un mal juicio.

—¿Boh lo aseguráh?

—Sí, doña. Me quería y la desesperación porque la madre no me dejaba verla, le echú-ñudo en el maniador.

—¡Ah!... ¿Sabés quién era la madre?... Mi hermana. Sabéh que no pudo soportar la muert'e l'hija y si-acabó de pena ¿no? Güeno. Peru-anteh de morir me pidió qui-al tener notisiah del nasimiento de tu-hijo l'ojiara, pa que su disgrasia te castigara en lo máh blandu'e tu carne. Yo cumplí. Cráiba que te biáh enterau d'ehto que loh del pago nu-inoran.

—No, doña... —contestó el paisano cuya frente ensombrecida repentinamente veía un camino de dolor para su hijo— no lo sabía y no cráiba tampoco qui-una madre juera capáh de bengars'en un angelito.

—Yo que siempr'e utilisau mi sensia páh bien, tube que cumplir con mi hermana, lo que no quita que remedi'en algu-el mal con albertirte... No lo dejéh casar, sino con una rubia. De prontu-él crerá querer una morocha, peru-estará errau. Cuando s'enamor'que será endeberah, también ha'e ser tarde. Y entonseh le pasará lo pior porqu'eya también lo quedrá, y él estará comu-el que tiene sé y no si-anim'agacharse sobr'el agu'el arroyo mansito que pasa cantando y disiendu-el secretu-e la felisidá. Desile siempre que cuando se cruse con lah morochah se ladée, que prifiera lah rubiah, comu-era Catalina, Dioh la teng'en su gloria. Sobre todo que no se case con ninguna morocha.

—Ta bien.

—Y, bien, lo seguirá la disgrasia com-una lechusa. Naideh poderá mirarlo fijo sin sentir que se li-achic'el corasón com'un granu'e máis. Pa él nu-haberán sombrah máh qu'en su cabesa, porque la noche será pa suh ojoh lo mehmo qu'el día. L'óirá todo, hasta lo que no quiera, porque suh óidoh serán como la rosca del caracol, and'el menor suhpiro paresérá-una rach'e biento y and'el beso máh aprietau sonará como chicotasu-en carn'e gaucho. Tendrá bist'e gato y óido'e perro.

El padre se quedó espiando los ojos de la adivina que daba vueltas entre sus dedos nudosos un cascarón de ñandú en que había dibujados a fuego, animales con cabezas fantásticas y cuerpos humanos, los que exponía ante la llama del candil mientras los reflejos de ésta, agitados por el aire que se colaba por las rendijas de la puerta, ahondaba los zanjones que tenía por arrugas en la cara aquella maldita criatura que así, en pocas palabras, había amargado para siempre la vida de un hombre a quien su mujer acababa de darle un hijo con el último suspiro.

Froilán fué creciendo, con sus hermosos ojos grises, aunque sólo se cumplían las predicciones de la vieja en lo que a las mujeres se refiere. El muchacho era goloso para ellas. Cipriano murió diciendo:

—¡Chá que biá sido mentirosa la bieja! — mientras sonreía plácidamente pensando en que en las primeras palabras Ciriaca había errado en el color de los ojos de Froilán: Besam'hijo... Esu-eh ... Güeno. Aura yo te daré...

Y cuando sin duda lo iba a bendecir, boqueó y entregó su alma, como un gaucho honrado que era, a quien se la había prestado durante cincuenta años.

★

Desde entonces Froilán había comenzado a vivir su propia vida. Trabajó. Juntó plata y cuando más entusiasmado andaba hecho un picaflor, se asentó en una..... Azucena lo tomó entre sus manos de seda dejándolo embebido en su amor de moza trigueña en la que las formas del cuerpo adquirían, con su andar blando y tardo un aspecto agresivo hasta subyugar y hacer daño, que se colmaba en su boca, que no era boca de mujer sino un tajito rojo en sangre, hecho a punta de cuchillo, caprichosamente.

Y fué el caso que una noche, al pegar la vuelta de un arreo, Cipriano se encontró con que otro gallo cantaba en su gallinero. Pensó un instante, y su pensamiento le hizo ver cosas que no son para ser contadas. Aplicó la oreja a la puerta y oyó un suspiro como una racha de viento y en seguida le chicoteó como un alambre hecho rojo blanco al fuego en el fondo mismo de la rosca del caracol del oído, un beso largo y violento.

De una patada volteó la puerta y se plantó en el centro de la pieza. Quedó mirándolos. Azucena empalideció en seguida porque para ella fué alfilerazo de la primer mirada. Cuando su amigo quiso manetear las armas, Froilán lo pinchó con otra mirada peor sobre la pared del rancho donde lo dejó temblando, como a uno de esos mariposones negros y peludos que en las noches se meten a los ranchos que encuentran abiertos y apagan con sus alas de sombras los candiles de la tranquilidad.

Parado, revolviendo con su mirada el fondo mismo del alma traicionera del hombre y la mujer, estuvo hasta que aclaró. Durante ese tiempo sus ojos adquirieron una fijeza y una frialdad de piedra. Salió del rancho y ni parpadeó cuando el sol que despuntaba, bañó su mirada en luz pura. Ellos habían quedado: Azucena sentada en el borde del catre, en actitud de huir. Loreto, todavía emponchado, con su oscuro poncho pampa, abriendo los brazos y de espaldas a la pared. Los dos tenían una expresión de terror en el semblante.

Froilán ensilló, montó y se alejó del nido para siempre.

De un jardincito recién regado salía acariciendo un penetrante aroma de clavelina y de retama, de menta, de romero y de mujer. La brisa fresquita y juguetona se enredaba en el ramaje de los sauces que experimentaban una trémula emoción de hojas. Una foldana poblaba de notas ásperas el espacio umbrío de un parral. El paisano salió al camino y rumbeó hacia el Sur. El sol brilló en el anca parejita del alazán, en el cabo de su facón y en el rocío que temblaba aún en los pétalos de las margaritas que florecían al pie y a lo largo de los alambrados de los primeros potreros y en los retazos de agua que el juncal dejaba ver en el cañadón lejano. El pingo resoplaba y cortaba chiquito, coscojeando, como en un secreto afán de lucirse ante los últimos ranchos en que ya se había agitado el silencio matinal. Y, sobre la clara huella, la sombra del jinete se estiraba en una lonja de noche, cada vez más afinada por el filo de la luz.

Aunque el camino era todo dorado y aunque el flete se acompañaba en la pisada con el sonar de la coscoja, Froilán se dejaba estar sobre el recado, insensible al campo pintado de mil colores, a la luminosidad del ambiente y a la real alegría que parecía elevarse y estallar entre el cielo y la tierra en el canto de todos los pájaros de la mañana. Sus grandes ojos grises habían prendido una mirada fuerte en la cabecera de los bastos en donde las tres iniciales de su nombre hechas en oro, semejaban otras tantas viboritas rosadas, retorcidas en una sugestión de maldad y de veneno. Dentro de su cabeza se había dormido una noche sin luna y sin mañana.

A la caída de la oración los parroquianos del boliche de La Viuda, vieron aparecer su silueta en uno de los extremos del camino.

—Ayá viene Froilán Benítez Prado.

Un borracho que dormitaba desparramado en una mesa, levantó la cabeza.

—¿No ti-habrés enquibocau, che? — preguntó—: Porque si-eh él, seguiremoh tomando hasta que nu-haig'aguardiente ni pa curar un tajo.

Todos salieron a la puerta para recibir al nombrado, quien como mozo criollo y generoso tenía siempre amigos en todas partes y para cada amigo un peso en el tirador.

—¿And'irá? ¿Di-ande bendrá?

La dueña del negocio, una viuda ya entrada en años, pero que conservaba en las mejillas un milagroso arrebol de juventud, como el que pintaba ya en la carne dura de sus tres hijas mocitas; y que había tenido algunos amores con Froilán, corrió a preparar unas copas para ofrecérselas a la llegada.

Pero el hombre pasó como a cincuenta metros del boliche, sin que como otras veces enderezara sonriente hacia el palenque, seguro de hallarse entre amigos y ante una copa siempre colmada. Llevaba la misma actitud que a la mañana, la vista fija en la cabecera de los bastos, el mentón contra el pecho, la cabeza en sombras. La perrada salió a torearlo; pero no hizo caso y siguió al tranco tardo pero rendidor de su caballo que iba con el cogote estirado, y el hocico a ras del suelo.

Ni saludó, no ya como conocido, sino siquiera como es costumbre en el campo, en donde todos los hombres saben que si se encuentran, deben hacerlo saludándose y deseándose mutuamente que el bien los lleve por los caminos desolados donde los días son largos y las noches muy obscuras, y en donde hoy anda el hombre solito y fácil; pero mañana puede hallarse de a pie, como quien dice, y el amigo, el conocido o el desconocido que ayer no más se encontró en una crujía y a quien no saludó porque él iba arreando una tropilla de un pelo, puede ofrecerle un caballo para llegar a las casas.

—Ban aplahtauh loh doh —comentó uno.

—Ahá —respondió otro por todos.

Se apagó de pronto la última claridad de la tarde y un silencio profundo se hizo en toda la extensión del campo. Sólo se veía en el seno inmenso de la noche pampeana la luz prodigiosamente azul de las luciénagas, adornándola en un fantástica brillazón de piedras preciosas. Todos se habían quedado mirando hacia el extremo del camino, que parecía una boca de lobo. El borracho, interpretando un pensamiento general, con una voz de caña y de misterio, dijo:

—Hasta de lay'ha cambiau. Parese el mehmo diablo.

Y todos los ojos vieron en el fondo del camino una gran luciérnaga cuyo vientre se agrandó repentinamente en una enorme luz verde y azul que fué alejándose y apagándose al mismo tiempo.

Y, en realidad, parecía que Froilán se había transformado en el mismo demonio. Un calor de infierno lo precedía y una frialdad de escarcha quedaba a su paso. Si llegaba a unas carreras, la vista de un tirador bien forrado de billetes alegraba la codicia en los corazones, y cuando se iba con la plata en un pañuelo atado a la cintura, la decepción inmovilizaba al paisanaje. El ganaba siempre a las carreras porque el corredor se caía del caballo indicado para ganar, y el matungo al que él había puesto sus paradas, llegaba a la raya al galope. A la taba ya no era juego el suyo, era robo: el hueso, como embrujado, daba vueltas en el aire ante sus grandes ojos grises donde la mirada se afinaba bajo las cejas unidas en una expresión de voluntad indomable, y si por casualidad la suerte se clavaba para abajo, una como fuerza superior e invisible la volcaba poniéndola para arriba, si a favor del tiro había jugado. En un reñidero al que llegó a tiempo en que largaban dos pollos en el redondel, jugó contra un giro, y dijo:

—Matalo, batarás.

Del primer saque, cayó el giro degollado por la púa de su favorito.

Y el amor también le era fiel, como la fortuna en el juego. Tenía para él una fidelidad de perro y más variación de color que las escamas de un pez nadando a flor de agua bajo el sol.

Como no había tenido mama, ni tampoco tenía tata, ni un amigo ni un perro en quien asentar su cariño de hombre solo, buscaba todas las mujeres que podía y encontraba todas las que buscaba, pero sin quererlas como lo hubiera deseado y sin mirarlas nunca en los ojos, porque ante su mirada ellas habían de sentir que el corazón se les achicaba como un grano de maíz, y entonces no les iba a caber en él ni una pizca de cariño, y, aunque no las amara, se decía que tenía demasiado con el odio de los hombres para ir derecho a la indiferencia de las mujeres.

Hasta que el destino, que nos trae lo malo y en ancas lo bueno, le trajo un día una muchacha rubia como él, según lo vaticinó Ciriaca, y según lo anunció también la bruja: Froilán experimentó la angustia del sediento que ve correr un arroyo y no se atreve a romper la superficie del agua. Y entonces sufrió la necesidad de adentrársele en el alma en una insaciable sed que le aleteaba en la jaula del pecho, desesperadamente.

—Ajortunau en el juego, perdidoso en amoreh —se dijo.

Queriendo tantear la suerte del corazón, volvió a jugar. Los caballos le ganaron muchos pesos. La taba le echaba malas. Y hasta los hombres que le recularon una vez, le hicieron la pata ancha y tuvo que cortar a uno para hacer un escarmiento en todos los que le tenían gana. Pero, lejos de entristecerse, se alegró. La rubia lo amaba, acaso... Recién entonces se acordó de que otra vez era pobre y que no tenía más lujo que un caballo y un facón.

Sin mirarla, con el temor todavía de dejarle adentro aquel daño que padeció en un tiempo, le puso toda su inmensa necesidad de cariño con un beso, en la palma de la mano chiquita como un nidito. Ella era tibia y alegre como un rayo de sol de mañanita primaveral. Y él tenía la cara señalada por los años y por los sufrimientos. A pesar de haber resuelto ya el rumbo que seguiría, su corazón lo hizo vacilar un tanto:

—Si me quisiera un poco... Un poquito, nada máh...

Habló como quien sabe que se desprende de la vida, pero resignado. Sonrió ella. Froilán tuvo la osadía de mirarla a los ojos, pero éstos se iban lejos, en una mirada. Hubiera querido que le dijera que no, y volvió a hablar:

—Si me quisiera...

Tembló el labio inferior de la boca de la rubia, y Froilán tembló con él: contradictorio y tierno, Froilán Benítez Prado, que jamás había temblado ante las armas, lo hizo al pensar en el desencanto de la palabra que tal vez había de romper el gracioso hechizo de aquella sonrisa.

Dió vuelta. Montó y se alejó al tranco. La tarde estaba tormentosa y amenazadora. El jinete proyectaba una larga sombra negra, sobre la huella, como si en ella fuera dejando atrás, todo el daño padecido, y sin embargo un dolor machazo le llenaba el pecho y la garganta en donde pujaba por abrirse paso un grito o un sollozo. Pero, si había temblado, todavía no había dejado de ser gaucho para ponerse a llorar.

Entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, como si el cielo compadecido se hubiera puesto a llorar por él.

UNA MIRADA VIDRIOSA

Por PEDRO DE ROJAS

ILUSTRACION DEL AUTOR

EN un sillón desvencijado, pero conservando aún restos de pasadas grandezas, se encontraba sentado frente a una mesa deslustrada por el continuo rozamiento de los codos, don Viriato Argamasilla, viejo redactor de "El Meteoro", diario de la noche. Inclinado sobre la mesa, ante una gran cantidad de cuartillas llenas de números, notas y acotaciones permanecía don Viriato horas enteras sustraído ante la resolución de lo que él llamaba "problemas de transcendencias profundas y misteriosas". Con la mano apoyada sobre el lado derecho de la cara, ocultaba la falta del ojo del mismo lado, el cual perdió en su infancia al meterse la punta de un cristal ahumado observando el proceso de un eclipse de sol.

Don Viriato, por exigencias de su sección, estaba al tanto de todas las convulsiones terráqueas y celestes, y a pesar de no poseer por desgracia más que un ojo, los fenómenos del cielo los veía con más claridad que otros con dos.

Una mañana, al levantarse don Viriato Argamasilla y en el mismo momento de ponerse la corbata, corbata deliciosa cuyos dibujos semejaban estrellas fulgurantes, se miró en el espejo y al ver reflejado su defecto, exclamó tristemente: ¡Qué lástima! ¡Esta maladada situación pecuniaria no me permite siquiera la posesión de unos miserables pesos para comprarme un ojo de cristal que sustituyera al que debía ocupar esta concavidad irreverente!

Lanzado nuevamente a la calle con su lápiz en ristre y su cuaderno de notas, empezó don Viriato su tarea diaria para llenar su sección y someterla como él decía a la voracidad nunca saciable de su público.

—Buenos días, Sr. Gutiérrez. ¿Novedades?

—Ninguna, don Viriato, contestó un señor grave de grandes gafas que detrás de un mostrador atendía a un público compuesto por cortos de vista, miopes y otras afecciones oculares. Don Viriato, cuyo don de "hacerse cargo" de las cosas era una de sus características, empezó a dar vueltas por la tienda examinando atentamente todos los aparatos de precisión que ocupaban los estantes del establecimiento. En uno de ellos observó que en un ángulo del mostrador había una caja en cuyo interior y cuidadosamente colocados, se encontraban alineados militarmente una colección de ojos de cristal. Don Viriato se quedó fijo ante aquellas miradas sin vida pero que a él le pareció que lo invitaban a ocupar el puesto real para el cual estaban destinados. Una horrible tentación se apoderó de don Viriato. Se llevó su mano izquierda a la cuenca vacía y aprovechando una distracción del Sr. Gutiérrez, agarró uno de aquellos y cuidadosamente se lo guardó en el bolsillo.



Una vez en la calle soltó un suspiro hondo y prolongado y mirando en todas direcciones exclamó: ¡Dios Santo! ¡Por fin! Después de secarse el sudor y tranquilizarse íntimamente de su acción reprobable, tomó el ojo cariñosamente y abriendo sus párpados caídos se colocó aquella mirada de cristal en la cuenca vacía y desalquilada y dirigiéndose a la redacción de "El Meteoro" se preparó para empezar de nuevo las rudas tareas del periodismo astronómico.

Don Viriato aquel día entró a ocupar su puesto con aire triunfador. No era el don Viriato pensativo y reconcentrado de siempre; tanto fué así, que, al observarlo sus compañeros, no pudieron menos que preguntarse: ¿Qué le pasa hoy a don Viriato? ¿Alguna conquista? ¿Algún planeta nuevo? ¿Algún planeta que se habrá salido de su órbita?

Don Viriato los miraba atentamente, inconmovible, envuelto en su severo y raído jaquet que cubría, salvo pequeños puntos de escape su cuerpo altivo y desafiante.

—¿Qué miran ustedes con esa insistencia insolente y provocativa? ¿Qué cuchichean? ¿No han visto nunca un ojo de cristal?...

Pasados unos momentos, uno de los presentes le mostró un espejo é hizo que se mirara atentamente. Don Viriato lo acogió delicadamente y, al levantarlo para colocarlo a la altura de su rostro, un grito de espanto acompañado de una maldición, dejó escapar de su garganta, al ver reflejada su imagen en el espejo.

Don Viriato había robado un ojo de tigre...

Porqué Callan

Por CATALINA MAYO

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

ES un miserable hospitalito de mujeres, sepultado en el centro de una antigua ciudad bengalí. En una salita privada hay un viejo canapé, y en él está recostada, con la cara hundida y gris de fatiga, la Dra. Juana Hancock, cirujana jefe. Después de una media noche y toda la mañana de intenso trabajo en operaciones o partos anormales, con todo el cuerpo dolorido por el esfuerzo, trataba de descansar, declararse por media hora, en silencio.

A su lado, en un banquito, estaba su correo recién llegado de Inglaterra, del que sólo tuvo ánimo para abrir la carta de su hermana, cuyo primer párrafo giraba en su cerebro cansado.

"¿Dónde está tu coraje, Juana? ¿Por qué no revelas al mundo los horrores que estás viendo? ¿Cómo puedes, día por día, presenciar las torturas de mujeres tan desamparadas — no, de niñas, nenas — esposas, pues tales son — y quedarte callada? ¿No es algo de cobardía de tu parte? ¿Por qué no demandas acción policial? ¿Por qué no interviene el gobierno británico, y barre esta monstruosa crueldad cubierta hace ya tanto por nuestra bandera?"

Y Juana se contestaba con ternura que le suavizaba sus firmes labios grises: "Hermanita, inocente y segura en tu hogar, Dios bendiga tu sencillo corazón!"

Pero aquí terminó la soledad. En la puerta apareció la cirujana ayudante, Ruth Knox, contrita y vergonzosa por molestarla; pero "una desesperada que usted ya salvó una vez, grita que usted la puede salvar ahora también. Algún miedo nuevo la enloquece. ¿Qué hay que hacer?"

—Mándela a mi consultorio, por supuesto; la veré allí — suspiró Juanita, y se puso en pie pesadamente.

—Juana — dijo la joven, poniendo con afecto su mano en la espalda de su jefa —, aunque usted no quiera admitirlo, ya no puede más. Usted se destroza contra este torrente de miseria que renace sin cesar. Dígame: ¿por qué nos contentamos con enjugar unas gotas en sus bordes?, que ésta es nuestra obra silenciosa. ¿Por qué no gritamos desde las azoteas al mundo entero, para despertarlo a los crímenes que vemos todos los días? ¿Por qué no forzamos al Gobierno, que intervenga?

Juana, ya en el umbral, vaciló en contestar.

—Yo también hablaba así, cuando era nueva en el país, como usted. Ahora, después de quince años de experiencia, veo el otro lado. No hay muros de piedra, ni barras de hierro más inexpugnables que los muros de miedos, de tradición, de ignorancia, hechos por sus propias ideas, hechos hasta de orgullo — ¡Dios las ayude!—, ¡orgullo en la esclavitud!, con que se encierran estas mujeres hindúes, sin saber siquiera que hay cosas mejores en el mundo. No hay policía, ni gobierno, que por leyes o a la fuerza puedan aliviar esas prisiones, pues están basadas en su religión y por lo tanto son venerables, intangibles en sus propias mentes. Hasta que esta condición básica no cambie, todo lo que podemos hacer es enjugar unas gotas en los bordes del torrente, como usted dice.

—Pero, ¿vale la pena, entonces? — preguntó la joven, con amargura.

—¿Y usted se atrevería a detenerse, a dejarlas solas?—contestó la otra, y siguió su camino.

Tras ella entró al consultorio la postulante, una hindú con una niñita. Juana reconoció en aquélla una su paciente de hacía más o menos diez años, a quien salvó en un parto difícil que la tuvo en larga convalecencia.

—¡Oh dicha, dicha!, la santa presencia me recuerda! — exclamó la mujer. — Sus manos benditas me sacaron una vez del tormento, me dieron esta niña! —y aquí la interrumpieron sollozos histéricos.

—¿Qué sucede?, ¿qué va mal? Cuéntame tú, chiquita — dijo con ternura Juana en el mismo idioma, y apartó el sari que la velaba.

Pero ver esa carita fué como un golpe en el pecho, a pesar de la larga experiencia. Tan pequeña, tan infantil, y empero tan madura por alguna sabiduría fuera de lo natural, tan hundida y tensa de inmediato miedo y de dolor físico.

—¿Qué te pasa, pues, chiquita? — repetía mecánicamente Juana, mirando la tragedia que se le revelaba, hasta que la madre halló palabras, al fin.

—Es su pequeñez lo que nos traerá desgracia. Todavía no le llegó la edad, pero su marido la exige ahora que vaya con él. Le vino el capricho que no puede esperar, y mañana se la llevamos. ¡Vea! Es el prestamista que vive allí, en la acera de enfrente. Es en esa casona mayor que las otras. Es un gran hombre violento, acostumbrado a que lo obedezcan y satisfagan. No pensábamos que la llamara tan pronto. Es demasiado chica para él, aún. Seguro que la devolverá, lleno de rabia, y quedaremos con la vergüenza para siempre, ante todo el mundo.

La señorita doctora sabrá — seguía la madre, sin pausas— que ya nosotras mismas hemos hecho lo que podemos. La suegra empleó la plenitud de su experiencia, y el doctor hindú trabajó lo mejor que pudo, y aunque la niña quedó débil por el dolor y la sangre que perdió, todavía es demasiado chica, demasiado chica! Así es que la traigo a sus pies, oh misericordiosa presencia, oh socorro nuestro!, con el consentimiento, que tanto nos costó, de la suegra, para que por cualquier medio, y pronto, ¡pronto!, nos quite la maldición de su pequeñez y la haga aceptable a su señor, que no la repudie, iracundo, y no la tengamos en las manos, desgraciada para toda la vida.

Juana la oyó bien, una vez más el cuento viejo de tantos siglos. Y contestó con bondad:

—Oh, madre, esto me entristece. Su marido de usted es conocido como hombre importante. Lo veo en asientos de honor en las solemnidades. Hace un año o dos leí un magnífico discurso suyo, sobre la perversidad que es casarse con niñas de poca edad, y cómo esa práctica degenera y destruye vuestra raza, y usted misma, por su propia experiencia y lo que aprendió en este mismo hospital, sabe la verdad que son esas palabras. Sin embargo, aqué está usted permitiendo que se consume el matrimonio de su propia hija cuando su cuerpo está en la mitad de su crecimiento. Y además me pide que yo dé remate con una operación al horror que ya empezaron en su casa, de arruinar y destrozar esta chica. ¿Y por qué? ¿Para salvar qué? ¿Para salvar a quién? ¿No pensaron ni una vez en la niña, en su hija? ¿No tenían en algún lado del alma un poco de piedad?

—Pero la Presencia no comprende — gimió la madre —, ¿no es también por la niña? ¿Qué destino otorgan los dioses a una esposa repudiada? En cuanto a mi señor, es verdad que él habla como los sahibes (señores, quiere decir aquí los británicos) del matrimonio de los niños antes de su pubertad, y no pierde ocasión pública de atestiguarlo. Pero en el propio caso de uno, es cierto también que hay que afrontar los hechos. Hay que obrar según las necesidades de la familia. Es nuestro destino, el Karma. No podemos evadirnos. ¡Así, ayúdanos, ¡oh misericordia!, ayúdanos pronto!

Lealmente la cirujana respondió con otra súplica a la súplica, y cuando, media hora más tarde, despidió a la pareja, estaba segura de haber despertado una conciencia y salvado una niña.

Luego, en el ímpetu del trabajo que desbordaba cada momento de ese día y del siguiente, ese episodio se fué perdiendo por los últimos planos de su mente.

En medio de la segunda noche, Juana se despertó bruscamente por algún ruido áspero. "¿Qué fué eso?" Tratando de revocarlo, se incorporó, con el corazón sin latir.

Juana saltó de la cama, se calzó y se echó encima un vestido de cualquier modo, y se lanzó a la calle, donde topó con Ruth, la cirujana ayudante, bolso en mano, y las dos se zambulleron en la multitud de hindúes, todos hombres, que de cada puerta y calleja se derramaba en esa calle.

—¡Alguien está herido! — Juana gritó —. Somos médicas sahibes, venimos a ayudar. ¡Dejen paso! — y así, ordenando, rogando, empujando, las dos pudieron meterse hasta el centro, donde vieron en el suelo, por sobre espaldas de la gente, algo yacente y retorciéndose apenas, gimiendo en sus últimos esfuerzos.

—Lleven la niña al hospital — ordenó Juana, adelantándose a codazos. — Allí la cuidarán.

Pero, a esas palabras, se alzó un rumor dudoso, y luego, de un tirón, dos hombres cargaron a la chica, que aulló horriblemente, y la entraron de prisa en una casa.

Ya sin poder detenerse, las médicas siguieron los talones de los dos hombres y se metieron a un patio interior con ellos, antes que la gran puerta de calle pudiera cerrarse ,y allí se arrodillaron ante el cuerpecito de una niña, de diez años escasos, que los hombres pusieron en el suelo. "La nuca rota" — se dijeron las inglesas, después de un rápido examen. "No hay nada que hacer. Le damos una inyección. Pronto se habrá acabado".

Y así, mientras la piadosa droga obraba, esperaron el fin.

★

Entre tanto, reconociendo un amigo entre los hombres que se amontonaban en rededor:

—¿Qué sucedió? — Juana preguntó. — Usted explíquenos, Hari Babu. Esta es su casa. ¿Qué le ocurrió a esta niña?

—Parece que esta niña ,señorita doctora sahib — contestó el hombre prontamente — es la nueva esposa de nuestro vecino el prestamista. Y esta noche la llevó por primera vez a su casa. Parece que no le pudo gustar. Parece también que sus afrodisíacos lo excitaron quizás demasiado. Pues tirarla por la ventana — su ventana en realidad de altura extrema — fué indiscreto.

—¡Indiscreto! — repitió secamente Ruth Knox. — ¿Por qué indiscreto?

—Porque con el ruido y alboroto que resultaron, la policía podía llegar a saberlo fácilmente.

—¿Pero por qué, en nombre del Cielo, la policía no debería saber una cosa como ésta? — llameó Ruth, ya incapaz de dominarse.

Un feo murmullo respondió, corriendo de boca en boca, hasta que Hari Babu lo contuvo.

—Paz, hermanos, ¿no sabéis que esta dama es nueva en la India? Es una amiga. No quiero hacer daño. Dadle tiempo de aprender. Señorita doctora sahib — ahora hablaba con Ruth —, nosotros hindúes no permitimos a nadie conocer los secretos de nuestros harenes. Nuestras esposas son propiedad nuestra. Nadie puede informarse sobre ellas, ni amigo ni enemigo, y tampoco desafiar los derechos del marido. Entonces, ¿la policía habría de profanar nuestros sagrados harenes, alzando el velo? Oh, somos un pueblo paciente; pero el día en que esa vergüenza nos ataque, vuestro mundo y el nuestro se bañarán en sangre.

De la forma en el suelo salió un débil gemido, el último. Las médicas cubrieron la cara de la muerta, y tomaron el camino de irse.

Pero en la sombra del pasaje un grupo de mujeres las esperaba, cayendo a sus pies para tomar el polvo del suelo.

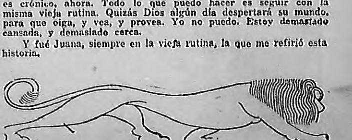
★

—¡Señoritas doctoras sahibes, cómo os rogaremos! ¡En nombre de vuestro propio Dios, no aviséis a la policía! ¡No! Porque si la avisáis tan seguro como que mañana saldrá el sol, nunca más los hombres de este lugar os dejarán acercaros a nosotras sus mujeres. Nunca más podréis ayudarnos, por grandes que sean nuestros dolores. Ahora no nos dejéis sin esperanza, después de estos años de beneficios; no hagáis que nuestras puertas se os cierren. El prestamista estaba loco, oh, ¡loco! Todo el día había estado bebiendo las drogas nupciales ,como hacen nuestros hombres, excitándose para la noche. Ahora su mujer está muerta, felizmente.

Habéis oído la palabra de los hombres de esta casa, y es la palabra de todo verdadero hombre hindú. Nunca permitirán la intervención en sus harenes, aunque se ensangriente el mundo.

—¿Recuerdas lo que me preguntabas el otro día? — dijo Juana a Ruth, mientras volvían a subir con fatiga los peldaños del hospital. — "¿Por qué no gritamos de las azoteas?" y "¿Por qué no forzamos al gobierno que intervenga?" Bueno, después de lo que vimos esta noche, ¿cuál es tu idea, ahora? ¿Actuar para la finalidad más larga, romper con todo y despertar la conciencia del mundo occidental, sacrificando este puñado de mujeres de nuestra calle a las mujeres de la India futura? Quizás debiéramos hacerlo. Confieso que no sé qué sería más justo. Tú y yo estamos demasiado cerca para enfocar bien la cuestión. Mañana, y mañana, y mañana, como ayer, y ayer, y ayer, siempre lo mismo! En cuanto a mí, estoy demasiado cansada para pensar. Esto también es crónico, ahora. Todo lo que puedo hacer es seguir con la misma vieja rutina. Quizás Dios algún día despertará su mundo, para que oiga, y vea, y provea. Yo no puedo. Estoy demasiado cansada, y demasiado cerca.

Y fué Juana, siempre en la vieja rutina, la que me refirió esta historia.

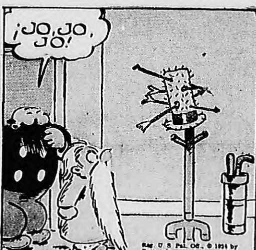


Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









EL UNICO RELOJ

REVÍSEME, DOCTOR; NO ME SIENTO BIEN.

DÉME EL PULSO.





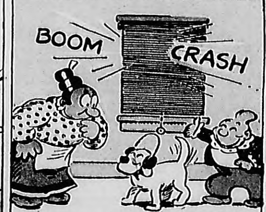


AISLADOR DE TRUENOS









LA GRAN RAZON









¡Hooóhh, lo "Saiyoby"!

POR

JOSE S. VILLAREJO

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

RECIEN llegado al frente, Ranulfo Ledesma era uno de los tantos extranjeros agregados a las filas paraguayas, en su lucha contra Bolivia. Según las lenguas enteradas, había sido oficial de complemento en el ejército español, y, con anterioridad, contador de una casa comercial porteña bastante conocida.

¿Otros datos? Fuera de los ofrecidos por su apariencia física, ninguno. De regular estatura y apreciable reciedumbre, su descuidada indumentaria castrense permitía adivinar un fornido cuerpo de atleta cuya granítica cabeza, de orejas levemente deformadas y, cortos cabellos enhiestos y rebeldes, exhibía un tostado rostro macizo, parco en ángulos. La nariz, algo achatada, hundía sus concavidades en un coquetón bigote, semi kaiserino por lo empingorotado de sus guías, y se desdibujaba bajo el cerrado entrecejo, ceñido por dos ojos negros de verduzcos reflejos. Era, en suma, un tipo simpático, agriamente simpático.

Como teniente 2°. de reserva, en comisión, encargaríase el día siguiente de un pelotón. Esa noche, en un corrillo circunstancial, hablaba con un compañero paraguayo, cetrino y barbilampiño, mientras, en democrática y fraternal camaradería, seis o siete hombres de tropa, allí acurrucados, intervenían frecuentemente en el diálogo. Sobre todo, el sargento Gómez, gigantesco personaje de piel casi negra, gruesos labios y grueso bigote, trotatierras huidor de revoluciones, y voluntariamente alistado en los yerbales brasileños para esas luchas más cruentas.

Marzo dormitaba sus primeras horas. Según los almanaques, el verano aún vivía, pero las noches chaqueñas iban volviéndose más y más desapacibles. La parte inverniza del otoño, adelantándose, llegó a transplantarse a la estación precedente. El sutil vientecillo y la fresca temperatura prohijaban esos corros en que, a falta de fuego, por la proximidad del enemigo, la charla hacía de substancial calorífero.

Ledesma era el blanco de todas las miradas. Siempre se observa, cuando no con simpatía, con extrema curiosidad, al Quijote defensor de ajenos intereses. Su escasez los resalta donde se posan, tanto en el éxito, como en el fracaso, como en la monótona vulgaridad. Que los hay de las tres condiciones, como también los hay vulgares Sancho Panzas.

Ese observar meticuloso semeja un examen anticipado de cualidades, un previo sopesar de actitudes. En la parla, en los gestos, en el carácter, se quieren adivinar los resultados.

No escapó a la perspicacia de Ledesma consideración semejante, con su séquito de inmediatas explicaciones:

—Vengo a ayudarles no sé exactamente porqué. Quizás por espíritu aventurero, quizás por la bondad de su causa. Carezco de razones precisas. Claramente explicables. No soy un desesperado: lamentaría perder la vida. ¿Cuál es, pues, el motivo de mi actitud? Lo ignoro, repito: únicamente puedo decir que nunca hubiera ido a ayudar a Bolivia.

Se oyo, lejana, la explosión de un morterazo. Callaron todos, en inútil expectativa.

—Amigo Ledesma: usted está con nosotros, y eso es lo único que vale.

El sargento Gómez pareció farfullar algo entre dientes. Algunos soldados rieron a su lado.

—¿Qué pasa?

—"Mbaché" — nada, mi teniente —, replicó Gómez, poniéndose serio.

—Está mal reirse y ocultar el motivo.

Entonces el morenazo, con reciura, pero humilde, explicó la escueta hilaridad de los muchachos:

—Yo dije recién que al teniente español no le gusta esto cuando vienen lo "saiyoby", o lo "yacaberé", o cuando tenemos que pelear. Y lo "mitá" se riense por eso.

—¡Oh — repuso Ledesma — ya veremos, ya veremos! ¿Pero qué es eso de "Sayobi" y "caberé"?

Le explicaron. Fué un soldado:

—"Saiyoby" es un bicho... un bicho... un pájaro... "Saiyoby" es la bala... Shui, silban las balas al correr. Así el "saiyoby". "Saiyoby" es pájaro azul, grande como... como el cardenal, ese bicho cabeza colorada. Allá arriba, el lomo, el ala es azul. Abajo, el pecho, es... el color del pecho es así como ceniza... Le gusta comer fruta, sólo come fruta... Por aquí no hay "saiyoby": los pájaros, ¿entiende? No hay fruta.

—Es curioso eso del silbido idéntico al de las balas — comentó Ranulfo.

—Sí, es bastante semejante — intervino el otro oficial. Su nombre es una contracción de "sai", pollera, y "jhoby", azul. Pollera o traje azul, pues el guaraní carece de equivalente exacto para "traje". Muchos afirman que el nombre del ave es "sayoeby"; otros, que "sayoiby" — la primera i, latina con diérisis, igual a la y griega. Así la contracción es menos patente. Sea como sea, aquí no llegan más "saiyoby" que las balas perdidas.

—No importa — dijo Gómez. Hace daño siempre. Igual que en la otra sala y el centro, no, pero ya atacará lo boliviano a nosotro. Y la bala perdida también hace daño.

Vino de perilla en tal momento la narración de diversos sucedidos, iniciada por un ordenanza. A cierto compañero se le había encajado, en la manta, doblada sobre su pecho, una bala perdida. A otro se le había metido en la bolsa de víveres, incrustándose en un riel repleto de proyectiles. Al mismo teniente Ramos...

—Al teniente Ramos — dijo Gómez, señalando a su jefe — le golpeó una bala en un árbol que tenía en la cabeza.

—¿Tenía un árbol en la cabeza? — bromeó Ledesma.

—No; la cabeza en el árbol... en el tronco — prosiguió imperturbable el archimorocho. Encontramos allí la bala. Si no, lo mata.

—¿Si no la encuentran lo mata? — continuó bromeando Ledesma. E, instintivamente, agachó la cabeza y encogió el cuerpo. Acababa de pasar un "saiyoby". Por muy templado que uno sea la reacción es natural.

—¡Ehépaa, lo "saiyoby", teniente Ledesma! — Fué Gómez en inmediata ironía.

Silbaron más balas perdidas, altas y bajas, colocándose por entre ramas y árboles, desgajando ramitas, rebanando hojas, ramoneando a su placer. Allá por el centro se combatía fuertemente.

Gómez semejaba estar en la gloria.

—¡Hooóhh, lo "saiyoby"! ¡Hooóhh, lo "saiyoby"!

Parecía que al conjuro sibilino del peligroso silbido despertaran en su alma arriscadas reminiscencias. Ese hombre debía de ser una fiera en el combate.

—¡Hooóhh, lo "saiyoby"!... ¡Hooóhh, lo "saiyoby"! — repetía y repetía.

Quizás su entusiasmo no fuese muy de apreciar, pues él se hallaba sólidamente protegido por conciso parapeto.

Al rato ceso el tiroteo.

Habrá sido por las ametralladoras — supuso un soldado.

Y de nuevo, ante las preguntas de Ledesma, le explicaron: Frente a las posiciones del regimiento X, distantes un kilómetro, yacían dos ametralladoras pesadas. Los bolivianos, al fracasar en un ataque, allí las habían abandonado. Era el lugar una limpiada. A este lado, las trincheras paraguayas, formando un gran ángulo succionador. Al frente, el monte, lleno de bolivianos. Y las ametralladoras, objeto del deseo de los dos, eran celosamente custodiadas por la vigilante atención de varias otras.

Así resultaba peligroso el tratar de rescatarlas o conseguirlas. Bolivianos y paraguayos lo procuraban inútilmente, y, la mayor parte de las veces, fatalmente. El plan de fuego de ambos enemigos, bien tejido y trabado, permitía bañar de mortales confites las dos piezas

De noche, cuando la oscuridad hacía imposible la visión, iban, con intermitencia sagaz y continuada, las balas a inspeccionar lo que ocurría.

Bastante se habían atrevido, del lado guaraní.

Muy pocos regresaron.

Y las ametralladoras continuaban en sus sitios.

Concluía su explicación el narrador cuando llegó, apagada, la detonación de un cañonazo. Después, acercándose vertiginosamente, el silbido característico de la granada. Era atractivamente inquietadora su aguda entonación en i, con cambiante posterior en u. Pasó el bólido sobre el cuerpo. Cien metros atrás explotó con fantástico estruendo. Percibiéronse nuevos silbidos turbadores: los de los cascos de granada. Ningún grito, ninguna señal de haber dado en blanco apreciable.

—¡Hooóhh, lo "yacaberé"! ¿Sabe? — añadió, movedizo, mas sin cambiar de lugar, y dirigiéndose a Ledesma: Lo "yacaberé" es pájaro entero, vuela allá arriba y de pronto se tira de cabeza y viene al suelo...; al suelo: no baja en el árbol. Mete ruido, como el de la granada cuando va volando. Es negro, no, así como la tierra, como la ceniza también pero más negro... Overo, feo, animal, pero lindo.

De nuevo alborotó, en la lejanía, el fragor del combate. Repentinamente, casi sincrónicamente, la artillería de ambos ejércitos arreciaba su destructora labor. Las ametralladoras palpitaron en cien sitios, y la fusilería indicaba miles de dedos gatillando presurosos y afiebrados.

—Ahora no es fuerte como el otro día — murmuró un muchachuelo.

—Ya falta lo avión — agregó otro.

—¡Hooóhh, lo aeroplano cuando pone huevo! — comentó Gómez.

Ledesma, preocupado, miró a Ramos, que no tardó en comprender la muda interrogación: bien raquíticos, en extremo espinosos, sembrado de cagaruatás y tunas. Los oiremos a distancia: necesitarán abrir piques o seguir los nuestros. Si malo aquéllo, ésto peor, pues todos son batidos por nuestras ametralladoras.

"Ametralladoras..." "Ametralladoras..." Desde que supo de las dos abandonadas, hurgaba en lo subconsciente de Ledesma una loca ambición: ir a recogerlas. Casi sin darse cuenta, aceptábala unas veces y rechazábala otras. Al arremansarse temporario seguía un fervoroso insistir, batido al rato por un prudente acallar tan desaforado propósito.

Así, y sin tregua, iba forjándose en la mente del oficial un contrastar de probabilidades y dificultades, un calcular de ventajas y desventajas, un acostumbrarse a la idea del seguro peligro, un reflexivo decidirse a correrlo en el temerario intento. Nada había de hirviente en su pensamiento. Sereno estaba su ánimo. Aspero estaba su ánimo.

—¿Por qué, entonces? El mismo se lo preguntaba, inútilmente.

¿Afán de sobresalir, de recompensas, de ser héroe?... Quizás. Más es el caso que nunca pensaría cotizar, de llegar a ciertos, esos resultados del riesgoso lance.

¿Acaso respaldaba su actitud la blanca sombra de alguna linda muchacha? Pocos escapan a su influjo, pero en él, conscientemente, no llegaba a tanto.

Sin hipérbole, iría, si iba, porque sí.

Con súbito sobresalto, con intuitivo temor a este desfogue de férreas cavilaciones, quiso apartarlas de su mente.

Atisbó los alrededores. A dos metros de distancia, apenas se distinguían borrosas formas, los perfiles se esfumaban, y los cuerpos iban sumergiéndose en la oscuridad.

Recordó su curioso recorrer del sector, durante la tarde, y ligó



la idea a las explicaciones de Ramos: "Es verdad. Infeliz del que se meta, aún conociéndolos, por estos terrenos. ¡Qué laberinto y qué cámara de las torturas. Si el Chaco fuera sólo esto!

El mutismo general llamaba al sueño. La gente empezó a levantarse y a irse en silencio. Uno tras otro, los circunstantes fueron dispersándose. Apenas, un tímido "Buenas noches" del más cumplido. Pronto quedó el claro abierto en el monte por el hacha y el machete, sin más moradores que los dos oficiales y el sargento Gómez.

—Y bien, amigo Ramos — dijo Ledesma. Usted ha de estar cansado. Imítelos.

—Vamos — aceptó el otro, incorporándose.

Apresuró el español sus palabras:

—Yo pienso quedarme un rato más.

—Entonces lo acompaño.

—Nada de cumplimientos, nada de cumplimientos. Veo bien que está usted muerto de sueño. Sin duda anoche durmió poco.

—Es verdad; estuve de ronda.

—Entonces a la cama. Pronto lo alcanzaré.

—Bueno; me voy al "turatuca".

Metióse Ramos en el nido subterráneo, tan pintorescamente llamado como tácito recuerdo de cierta especie ratonil, con pintas de conejo, eximia zapadora y de afiladísimos dientes.

Gómez fué a tumbarse en un hoyo individual, a su gusto trazado, que podrá servir para cualquiera de perenne hoya sepulcral.

Esa noche, al llegar a las trincheras del Regto. X, frente a la explanada trágica, concluída ya la reciente zabaranda, Ledesma topó con Roque Irueta, compatriota venido con él al Chaco.

De inmediato, creyó ver cierta burlona tendencia en la mirada de los soldados, más atentos sólo a su propósito, expuso a aquél sus intenciones. Recibiólas Irueta con manifiesta repulsa, pero tanto insistió el hombre, que fueron a ver al jefe del regimiento.

—Estoy seguro que es inútil — manifestó éste al escucharlos —. Hemos tratado varias veces de lograrlo, sin resultado. Usted no ha venido para perecer de muerte tan oscura.

—Mi mayor; yo no he venido para morir sino para pelear.

Sonió el mayor:

Entonces no vaya.

—Estoy seguro que he de traerlas — machacó el otro —. Con tres cuerdas suficientemente largas, vendremos para las trincheras las ametralladoras y yo. Iré atado: no querría quedar en poder de los bolivianos.

—Amigo — dijo el jefe, golpeándole afectuosamente un hombro — creo adivinar su desazón y sus deseos. Tendremos las cuerdas dentro de media hora...

La subsiguiente turbación de Irueta, al recibir de su jefe el ofrecimiento de un puesto en su P. C., alejado, por tanto de la línea de fuego, y la insistencia del mayor, cortés, más decidido, hicieron sospechar a Ledesma el motivo del visual tileo de los soldados. En exacta coetanidad, adivinó que a tales fundamentos se habría de atribuir siempre su hazaña. Las conjeturas del mayor lo atestiguaban.

Estuvo a punto de retractarse, disgustado: "¿Qué tendría que ver él con Irueta?" Mas pronto, con ese ingenuo fatalismo que le iba impulsando poco a poco hacia el peligro, aceptó, indiferentemente, la estúpida coincidencia:

—¿Qué más me da?

Ledesma regresaba malhumorado. Todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Tras mil peripecias, hasta amarrar las ametralladoras y regresar indemne a las trincheras, una de aquéllas había quedado trancada en cierta hendidura del terreno, y la cuerda de la otra, rota por inoportuno disparo — inoportuno, pues fué paraguayo — se trozó en el camino.

—¡Gringo "pyhá guazú"! — gringo corajudo —, habían dicho los soldados mirándole admirados, a su vuelta de la aventura.

—"¿Qué le importaba eso? ¿Qué le importaba nada? ¡Váyanse a la ...!"

Aspiró profundamente. Hedía. Cariñosamente, los soldados habían apartado un poco de agua, sacándola de sus caramañolas. Pero aún hedía.

Recordó la aventura mientras marchaba.

La difícil salida de las trincheras, estorbada por la ramazón que cubría toda la línea: hasta allí habían llegado los bolivianos en recientes ataques, y dentro de aquel contiguo nido de ametralladoras murió un sirviente, víctima de un casco de granada.

El engorroso deslizarse, reptando por el suelo. Habíanle hecho la advertencia, innecesaria por cierto, y en ella se escudaba "in mente". Porque, por momentos, sentía veleidades de marchar a pie.

Tuvo suerte en el arriesgado viaje.

Fué un arrastrarse con las rodillas, con los codos, lleno de angustias. Aciagos presentimientos lo invadieron en cuanto dejó las líneas paraguayas. Y mientras mil ojos amigos trataban de hender las sombras para contemplarlo, él iba pensando: "Me ven... me ven...

Con caótico temor al enemigo.

Traspuso varios obstáculos; sigzagueando entre tendidos cuerpos putrefactos, con los nervios en desquicio, temblando a veces convulsivamente, pero siempre hacia adelante.

Se orientaba desatinadamente, obsesionado por la idea de llegar y regresar pronto.

Tenía un miedo pánico. Pero avanzaba.

Y al sonar de cualquier tiro, percutía en su mente esta otra idea: "Me dan... me dan".

En ocasiones, tentaba un estúpido zafarse de las balas mediante rápidos esguinces; en otras, con afligida perplejidad, se consideraba extraviado, mas, en medio de todos estos pavores, persistía su indómita resolución de llegar.

Inopinadamente, dió de bruces con una de las ametralladoras. Al instante se oyó el repicar de otra boliviana, e innúmeras balas silbaron en los oídos de Ledesma. Pegado al suelo, ocultándose al socaire de ligero montículo, estuvo hasta que cesó la maldita su horrísono trabajar de Averno.

Sus manos trémulas ataron una cuerda al herrumbrado trípode.

Y al sonar de cualquier tiro, percutía en su mente esta otra idea

Pronto se puso tensa: parecían tirar de ella. Invadióle un frío sudor: "Con que a esos estúpidos no se les ocurra querer llevársela ya...".

Si lo intentaban estaba perdido, pues el rumor avivaría la enemiga desconfianza.

Aumentaban sus bríos al percibir que la cuerda, permaneciendo tensa, no continuaba su tironear. Y, en reacción extravagante, marchó, sin recatarse gran cosa, hacia donde suponía encontrar la otra máquina guerrera. Hallándola, se aferró a ella. Genuflexo, la esclavizó bajo el yugo de la segunda cuerda.

La suerte se le mostraba propicia: ningún enredo, ningún tropiezo, pocos disparos.

Esta reflexión le dió ánimos. En audacísimo arranque, inició el regreso, de pie, a las trincheras. Cada paso en firme iba asentando en él la idea de su buena estrella.

Así anduvo cautelosamente, con el miedo aleteando de continuo sobre su cabeza. Y en uno de los altibajos de ese desquiciamiento, fallóle el resorte de la precaución e inició una carrera desaforada.

De inmediato los bolivianos captaron el tamborileo de sus pies contra el suelo. La alarma originó un prudente malgastar de proyectiles. Azorado, Ledesma se arrojó al suelo.

Y de línea a línea se inició un feroz cambio de obsequios. Funcionaron a uno y otro lado las ametralladoras y los fusiles. Hasta los cañones despertaron, soñolientos, lanzando sus bostezos infernales.

Ledesma no se movía. Ni siquiera sabía dónde se hallaba. Pero, poco a poco, empezó a notar, bajo él, las formas de un cuerpo humano, fofas, viscosas, disgregándose en su podredumbre. Una rara sensación de humedad bañó su epidermis, y un olor insoportable invadió su pituitaria.

El asco, el espanto, lo levantaron en vilo para dejarlo caer un paso atrás. Enfrente quedó el muerto: pobre indio, cuya boca, en tremebundo gesto de desesperación, le daba apariencias de airado simio, al aire los dientes y contraídos los gruesos labios. La mano derecha, cercana a las sumidas facciones de momia, se engarabitaba engarfiándose en el aire. El brazo izquierdo, tendido junto al cuerpo, concluía en un crispado puño. Era un esqueleto con gusanos y piltrafas putrefactas, envuelto en raído uniforme amarillento. En el vientre, una cavidad, y la cavidad llena de agua. Extraña poza, pues el agua era de lluvia. Un pie, sin zapatón, con la piel desprendida, inflada, sin carne. Proyectiles esparcidos en el suelo. Una gorra aplastada bajo un muslo.

Los cohetes luminosos, con su resplandor, iluminaron el macabro despojo.

Ledesma se tapó la cara, horrorizado, y empezó a lanzar sordos quejidos, perdido el control de sí mismo: "Me duele el alma... Me duele el alma..."

Y las balas silbando por encima. Alguna ametralladora erraba la dirección o había sido visto, pues a su lado iban marcándose multitud de impactos. Ni se dió cuenta.

¿Cómo llegó a la trinchera?

Apenas podía decirlo. Recordaba brumosamente su lento arrastrarse, el evitar la barrera de puntiagudos palos, sus maldiciones a quien la coloc, el hallazgo de una brecha, cuya anchura alcanzaría los veinte metros, lista para las salidas, por ahí podían pasar las ametralladoras; si se enredaban, él volvería a desenredarlas había dicho al mayor. Y después, la llegada a las trincheras, pausada, calmosa, entre el entusiasmo de la gente. La suciedad, la porquería, disfrazaban su palidez, su mirar vacilante y falso, su flojera. Su voz alterada y algunas frases sin sentido se atribuyeron al sumo cansancio y a la emoción suma.

Todos acudieron a limpiarlo o a felicitarlo, en medio de frases admirativas:

—¡Gringo "pyhá guazú"... ¡Yuuuh, gringo "pyhá guazú"!

IV

Eran las cinco de la madrugada. Gómez acababa de levantarse. Una necesidad impostergable lo tenía en cuclillas, cuando apareció Ledesma. Venía fuerte, y tarareando, entre dientes, una vieja canción.

—Mi teniente...

Detúvose Ledesma, buscando al oculto interpelante.

—¿Quién es?

—Sargento Gómez. ¿Ya levantado?

—Aun no acostado —replicó el oficial, con mal humor.

La tranquilidad del campo de batalla se veía turbada de cuando en cuando por tiros aislados. Pero la Muerte descansaba.

De súbito, en el silencio de la noche destacó el sollozar de un "saiyoby".

—¡Hooóh, lo "saiyoby"! —se lamentó el sargento. Ahora, por la premiosidad del apuro, se hallaba desamparado. El susto le hizo sentarse. Sus ampulosidades se tiñeron de algo tibio, pegajoso. Un olor acre, molesto, se esparció por las cercanías. Al mismo tiempo, algo se desplomaba con violencia.

—¡Qué puerqueza, mi teniente! —se quejó el moreno.

Ledesma ya nunca podría contestar. Preguntadle el motivo al "saiyoby". O a la Muerte, que aun no había estado satisfecha.

VIÑOLEANAS

★

La sordera de estaño, es la yale infalible que cierra la puerta de la casa de los tilingos.

★

Cuando se ha mascado la amarga alpargata de la filosofía diaria, no hay pastilla de menta, que nos arranque ese sabor.

★

Los legisladores, son desalquilados comerciantes, que negocian el humo que da la medallita.

★

El día en que los escritores, nos demos cuenta de la forma en que hemos ganado la fama, nos ahorcaremos todos, de vergüenza.

★

Un amigo inteligente vino a pedirme dinero; a falta de él, le entregué la fórmula para ganarlo. Le dije que escribiera un libro contra mí.

★

Las curvas de toda mujer elegante, son un archivo de miradas.

Los malos gobernantes debieran valorar el tiempo que nos hacen perder, en atacarlos.

★

La normalidad de no estarse quieto, está evidenciada en el péndulo. Viviendo en esa borrachera vitalicia, consigue dar la hora.

★

Nadie se anima a entrar descalzo en el fracaso, por la frialdad de sus baldosas.

★

Los hombres de luto, son instituciones puestas al mundo, para revelar el secreto de los crespones.

★

La futura guerra será un fracaso rotundo. ¿Quedará después de ella, algún hombre?

★

La vía del tranvía, es una viajera inmóvil de cúbito lumbar, que yace pisoteada en medio de la calle.

★

OMAR VIÑOLE

Los Grandes Directores: Rouben Mamoulian

HAY críticos en Francia — sí que los hay — que declaran preferir el cinematógrafo norteamericano. Y lo más curioso es que nadie se indigna; nadie siquiera se alarma. Se les toma la afirmación como una broma, una coquetería, una paradoja graciosa; graciosa quizá por su mismo absurdo, pues es absurdo pensar en cualquier inferioridad francesa. Y si leemos con algún cuidado a nuestro crítico, a ese mismo que ha erigido a Paramount contra Joly, vemos que esa insinceridad juguetona que se le supone, está realmente en él. O si no, es que el hombre se siente molesto, atormentado por la vaga conciencia de haber cumplido con su deber. Y, en este último caso, buscará vengarse. Al elegir sus argumentos para elogiar el cine yanqui, lo hará en tal forma, que, efectivamente, lo desprestigie. Veamos algunos de los recursos — ya clásicos y consagrados — que tiene a mano:



1) Elogiar cintas norteamericanas completamente estúpidas: amén de concederse de paso un certificado de originalidad, desengaño y sutileza, consigue en definitiva que el espectador francés se vaya consolando de la "Barra de Bouboule", el "Pequeño rey" y otros abismos vernáculos.

2) Elogiar cintas norteamericanas de gran espectáculo (las de Niblo o de Mille), o las de trucos ("King Kong"), rebajando y limitando implícitamente la superioridad de Hollywood a los dominios de los millones o la prestidigitación...

3) Preferir a la cinta standard y de éxito, la cinta fracasada, aunque ocho veces de cada diez esta última merezca su suerte.

4) Preferir el cinematógrafo norteamericano antiguo al moderno, asignándole méritos bien ingenuos, bien pueriles, de esos que siempre es elegante elogiar pero a los que nadie realmente pretende, y menos Epstein o Gance: el primer Fairbanks de los "Zorros", Ince, Griffith.

5) Elogiar a Chaplin.

6) Elogiar exclusivamente a los directores europeos de Hollywood: es verdad que están entre los mejores, pero también lo es que sólo valen cuando trabajan bajo la disciplina norteamericana: piénsese sino en el "Angel azul", dirigida por Sternberg en Europa, y otras miserias.

Esta última variante es la que adopta el crítico y novelista francés Alexandre Arnoux. Sigue el texto de su declaración tripartita y por consiguiente infalible:

"Lubitsch: el talento. Sternberg, la eficacia basada en la fotografía. Mamoulian: el genio."

★

¿El genio? Creo que Mamoulian sólo tiene a su favor una vista realmente buena, que no es ni "Aplauso" con sus efectos de cámara y sus simbolismos, ambos de aficionado, ni ese plagio fantasmal de Lubitsch, "Amame esta noche".

Es "Calles de la ciudad", film en verdad excelente. El tema, suficientemente heroico, pero sin la puerilidad fanfarrona que es tantas veces el escollo y rescate de esa heroicidad; la construcción, feliz; los recursos novelescos o dramáticos, breves y fuertes; la invención fotográfica y sonora, abundante sin vanidad. ¿No será "Calles de la ciudad" una de las mejores vistas de pistoleros que tengamos? Sí, probablemente; y esto es decir mucho, porque el género es el que mejor saben tratar en Norte América. Quizá nos equivoquemos, por el poco conocimiento que tenemos del tema; quizá los "gangsters" del cine yanqui sean — mutatis mutandis — tan falsos como los gauchos de las películas nacionales; queda en pie que las vistas aludidas, de "La ley del hampa" a "Dos padres" y a "Scarface", son infinitamente superiores a la infinidad de vistas de tema sentimental que diariamente se derraman sobre nosotros. En verdad, "Calles de la ciudad" tiene en su contra su poca originalidad: recuerda decididamente a Sternberg; pero, fuera de que es al Sternberg de la mejor época, y de que la imitación no es caricatural, es muy posible que sea, en valor absoluto, superior a "La ley del hampa" y a la misma "Batida". He pensado alguna vez que "Calles de la ciudad" no le cede, dentro del género, sino a esa casi obra maestra: "El dedo acusador". Hacía falta la inteligente contradicción de la épica pistolera: nos la dió Le Roy en una cinta que también es trágica, pero de modo felizmente mucho más prosaico y profundo, y cuyo protagonista es uno de los más humanos caracteres del cinematógrafo. Recuérdese ese muchacho caído por azar a una vida que no le pertenece, que saca fuerzas de flaqueza y cinismo de su pavor, que un instante parece lograr, con inverosímil eficacia, su insensata ambición de poder, pero que, al momento, no menos inmerecidamente, cae bajo la ametralladora rival, corrigiendo así la vida una injusticia con otra, una confusión con otra.

★

No pidamos esto a Mamoulian, sino el hábil dominio de algunos recursos, la acertada distribución de escenas y efectos, que hace del "Hombre y el monstruo" una cinta aceptable, pese a la puerilidad huguesca del argumento, que era tan fácil salvar haciendo uso de alguna ironía. La vista de Mr. Hyde alegra poco, algo por ser lo más tontamente distinto al de Stevenson, mucho más feliz y menos lujurioso, y algo por ser tan parecido a Clark Gable. Pero está Miriam Hopkins, y Miriam Hopkins es una actriz excepcional. Tan excepcional, que resulta molesto, y hasta un poco repugnante, que le quieran dar patente de genio; es decir, que le busquen ocasiones de lucimiento tan evidentes y burdas, como hacerla cantar ante el tirano, bañados los ojos en lágrimas. Aquí, las lágrimas no son de tristeza, como infinitamente dentro y fuera del cinematógrafo, sino de temor; pero la obesa antítesis es la misma.

Indelicadeza, en verdad, más patente aún, en el festejado film "El cantar de los cantares", pero que no constituye ni el único ni el mayor vicio de esa obra desmayadísima y lamentable. Vueltas y vueltas podría por ella dar la indignación, y no sabría dónde posarse. ¿Será en el color local, tan indigente y grosero, de esa Europa cuyo único habitante es un ciclista? ¿Será en esa conversación tan improbable entre el amante y el inminente marido? ¿Será en la cuidadosa ausencia de carácter de la protagonista? ¿Será en esos bailes primaverales, tan asombrosamente contrarios al físico y al talento (nulo) de Marlene Dietrich? ¿Será (y es cinta que pretende ser audaz), en la efectiva, servil, sumisión a las vigentes convenciones morales del cine yanqui que dosan "citra censuram" la desnudez de Marlene e inducen al kerosene puritano a incendiar oportunamente el rancho e impedir el adulterio? ¿Será en esas estrofas del Cantar bíblico, que quisieran dar un título e imponer una unidad a la más desligada historia? ¿O será más bien en la rotura de la estatua, ese final tan espectacular y falsamente genial, hecho a propósito para adular a Sternberg, rey y señor del más exquisito mal gusto, o para destronarlo?

Algo quizá se le pueda perdonar a Mamoulian, sin embargo, en gracia a cierta accidental lucidez. Pienso en el momento en que, debiendo Marlene representar llanto y dolor, el director la hace volver la espalda y retroceder unos metros, obteniendo un "long shot", cuya confusión y apresuramiento permanecen visibles. Que nosotros no nos hagamos ninguna ilusión sobre Marlene Dietrich, está bien. Que Mamoulian nos haya precedido, está mejor. Pero, ¿será él?

★

Después de Dietrich, Garbo. Prosigue Mamoulian la explotación de los grandes nombres... Lo más notable es que los críticos más listos a la indignación ante la más leve sospecha de comercialidad, no ven en dicha sumisión culpabilidad alguna. Al contrario, más bien se vuelve por ello Mamoulian una valerosa víctima: es decir, una especie de héroe: "¡Pobre Mamoulian! — piensan con admirativa desesperación. — Lo obligaron a recibir doscientos mil pesos por cada estrella que dirige. Lo obligaron a aceptar el poder y la fama. Lo obligaron a aceptar el amor de Greta Garbo... ¡Pero el vil oro no lo compra todo! A ratos, el genio rompe sus ligaduras y burla a los tiranos. Y es así como tenemos, aquí y allá, algunos extraordinarios ángulos de cámara, la plasticidad freudiana de un racimo de uvas, la sombra de una cara hermosa transformada en careta de Cyrano, el roce de unas manos sobre el huso de Margarita... ¡Maravillosa evocación del cine mudo que se fué, asesinado por los mercaderes!".

Evidentemente, para dichos críticos, el problema del arte en cinematógrafo se reduce a un pleito entre el Club de Sordomudos Empedernidos y la Western Electric. Es difícil creerlos, si es que no se cree que la vista es el único sentido que tengamos, si es que no se niega toda expresión, toda belleza, a la voz humana. Además, no es únicamente la voz lo que ese sistema de crítica condena tan definitivamente. Es, sencillamente, la palabra.

Seguramente, puede haber cintas mudas. Las intemporales, poéticas, del tipo Walter Ruttmann o algún otro menos unanimista, prescindirán muy felizmente de ella, como ya lo han hecho; pero ¿quién no ve que es mucho más natural (empleo deliberadamente el vocablo) que el cine narrativo, como cualquier novela, la solicite? Podrá hacer también de cuando en cuando — ¿por qué no? —una cinta narrativa enteramente muda— enteramente, es decir, sin carteles; — una pantomima. Será una coquetería, quizás un heroísmo; pero esa peculiaridad no constituirá un valor en sí. La cinta habrá de ser buena, después de esa condición. En cuanto a los pasajeros mutismos, tan felicitados por nuestros críticos, que suelen intercalar los directores en sus films, valen precisamente por el contraste con las voces vecinas; pueden conmover, como conmueven, en los altos momentos de la vida, esos silencios que imitan; y además (cf. Martine, de Jean-Jacques Bernard), son procedimiento desde hace tiempo conocido en el teatro.

¡El teatro! Odiar el teatro es la máxima preocupación, y podría decirse el verdadero oficio del cinematógrafo, cuando, en realidad, es su amigo y a veces su salvador. (¿Cuál es el arte al que el cinematógrafo se parece más? Lo raro es que el altruísmo suena a herejía: es el teatro. Algunos me contestarán que no, que es la música; que el teatro es espacio, el cine tiempo, que... Tienen razón. Esas son verdades geniales que todo el mundo sabe). Escribo que el teatro es a veces el salvador del cine: pienso en cintas como "Raro interludio", como recientemente "Deslices". No son admirables; siniestros resultan especialmente los comentarios hablados de la primera; cierta complacencia decorativa y mundana, junto con algunas cobardías, afean la segunda. Pero, con todo, ¿no resultan —porque no son más que eso: teatro— de lo más adulto del cinematógrafo?

Y es que ya es tiempo de que el cine alcance su mayoría de edad. Y esto lo conseguiremos si estudia, mejora y complica ese teatro pobre de recursos en comparación. Y esto no lo conseguiremos, mientras le festejemos sus gracias infantiles, no todas fecundas ni cargadas de porvenir. Llamo gracias infantiles a todo ese tumulto de distorsiones, caprichos de luz y sombra, primeros planos de objetos o miembros del cuerpo, montajes, ritmos fulminantes y otros accidentes que volcó Rusia sobre el arte naciente. Muy curiosos e interesantes a veces, dichos efectos pueden, lógicamente impulsados por la acción o el carácter, resultar expresivos o patéticos. Pero sólo son recursos: es ingenuo y absurdo convertirlos en esencia y fin del cine. Esto no sería enriquecer al cine, sino calumniarlo. ¿Por qué crear, además, una antítesis obligatoria entre ellos y el diálogo, entre ellos y los actores, como si se excluyeran o aborrecieran?

Pero es que, en realidad, la alternativa corriente es más burda aún. Hay críticos — por lo menos entre los vernáculos — que plantean: "O Einstein o Vaccareza". Porque, ¿qué es teatro para ellos? Es el afrentoso afeite; es el actor que habla ostensiblemente para el público y marca una pausa después de una "réplica" significativa, solicitando el aplauso sobornado o contagioso; es la larga "tirada" vengadora del héroe en el último acto; es el afamado galán, medio matón y medio peluquero, que entra a escena por primera vez, murmurando con aburrido desprendimiento sus réplicas iniciales, mientras mira hacia los palcos con disimulo convencional; es, en fin, y sobre todo, el ademán enfático y falso. Teatro es para ellos, en suma, la vanidad, grosería o incapacidad de un puñado de actores. ¿Hay derecho a semejante calumniosa distracción? La ayuda desgraciadamente la tradición de la lengua de todas las lenguas. Pesa sobre la palabra teatral la misma curiosa maldición que sobre la palabra literatura: el sentido de ambas se ha paradójicamente limitado e infamado.

★

La "Reina Cristina de Suecia", con Greta Garbo, es, probablemente, uno de los menos inspirados films de historia o seudohistoria que se pueda imaginar, y el que recurre a recursos más burdos. Un ejemplo: se trata de significar (¿para impresionar a quién, Dios mío?) que la reina Cristina es una mujer de gran cultura. ¿Qué es lo que se le ocurre a Mamoulian con ese fin? En primer lugar, presentar a Greta Garbo en la cama, a tempranas horas de la madrugada, con un libro en la mano; y para que tan inventivo detalle no pase inadvertido, hace aparecer en seguida a un ayuda de cámara convenientemente hirsuto, que hace una alusión a similares desayunos y mueve la cabeza con aire incompetente y desconsolado. Pero la segunda ocurrencia es más sabrosa aún. "¡Verdaderamente, monsieur de Molière las gasta buenas! — exclama Greta Garbo en una de esas. — Ved lo que dice aquí una de sus heroínas, aludiendo al matrimonio: —Para mí, es una idea repugnante. ¿Cómo soportar la perspectiva de dormir en el mismo cuarto de un hombre?"

Varios son los errores y confusiones que en tan sencilla ocasión se ocultan. No insistiré sobre el poco crédito de erudición que comunica Mamoulian a su reina, prestándole el conocimiento de las "Precieuses ridicules"; lo más curioso del caso es que, en el texto original, se habla de la repugnancia de "coucher contre un homme vraiment nu". La frase queda completamente tergiversada en la expurgación de Mamoulian, pues de la acusación de impudor dirigida al matrimonio en la pieza de Molière, quiere hacer él más bien una acusación de prosaísmo y burguesía. Esto era necesario (crudeza aparte), por resultar conocida la numerosa vida erótica de la reina Cristina, y, en cambio, su escasa vocación conyugal; pero, entonces, ¿a qué diablos elegir aquella precisa frase? Hay más aun. Ocurre que el trozo de Molière no es realmente de Molière, no representa su opinión. Al contrario, es una frase ridícula, puesta en boca de una "ridícula", para ridiculizarla. Molière, personalmente, piensa que huir del matrimonio es una mojigatería imbécil: véanse sino los personajes de Armande y Béline, en "Les femmes savantes". ¡Oh difícil colmo de mala puntería! Por una vez que la reprimida pedantería de Mamoulian se consiente (murmurando un subrepticio "ex ungue leonem") una precisa ocasión de lucimiento erudito, ¡es para dar una cita mal traducida a la fuerza e interpretada al revés!

¿Y qué decir de esa rudimentaria política, que consiste enteramente en dos o tres frases o diálogos de rigurosa aplicación actual? ¿Qué pensar del doble juego, que consiste, primero, en mostrarnos a una reina lo bastante libre para acumular, con conocimiento y beneplácito del pueblo, numerosas aventuras amorosas, y, al rato, cuando John Gilbert y el público lo prefieren, y para que la noche del mesón resulte más excepcional y patética, en limitar los previos amantes a uno solo, que, por otra parte, tiene encargo de volverse en seguida adecuadamente abyecto?.. Al menos, en una cinta con el planteo de esa, era lógico esperar, ya que no otra cosa, cierto interés y realidad en el carácter de la protagonista. Pero, ¿quién no ve que a todas luces ese carácter es nulo? Nulo, por más que asistamos a numerosos y variados momentos de la vida de una reina. Seguramente, el afán y la seguridad de Mamoulian fué ser "completo". "¿Y cómo no lo sería? — piensa él. — Presento a Cristina en su vida pública: la exhibo oportunamente en sus dos ceremonias capitales: la coronación y la abdicación; muestro su amor al país, sus ideas democráticas, su diplomacia y previsión política. La presento en su vida privada: dejo constancia de su afán de libertad, de sus lecturas, de su familiaridad con los inferiores, de sus aventuras"... Todo esto es cierto, pero una vida no es una enumeración, y de todos esos momentos — ¡por otra parte tan poco ayudados de luz! — no se levanta un destino. La desgracia está quizá en la poca lealtad de la narración, en la doble intención constante. Mamoulian pasa toda la obra en azoradas adulaciones: adulación al exhibicionismo de Greta, primero; adulación al afán de actualidad, según hemos visto ya; adulación, sobre todo, a algunos de los peores lugares comunes de la razón o el sentimiento, invitación constante a reacciones como éstas de parte del espectador:

—¿Ves? Era una reina, pero escuchaba la voz del pueblo...

—¡Pobres reinas! Todos las envidian, pero son las más desgraciadas de las mujeres!...

—¡Linda y guapa la moza! ¡Toda una reina, y cabalgando a rienda suelta, como un gaucho!...

—¿Cómo? ¿Ahora abdica? ¡Qué bien! Es un gran gesto. ¡Eso es querer a su país! Así podrá juntarse con el hombre que quiere. Era una gran reina, esclava de su deber. Ante todo, la libertad: una mujer tiene las mismas necesidades que un hombre...

Y si se quiere juzgar mejor a qué clase ejemplar de público se dirige Mamoulian, véase y óigase con detención toda esa escena de mesa o sobremesa entre John Gilbert y Greta Garbo, entre el oso castellano y la joven cuarteadora hermafrodita. Y confiésese si no es una convocación incomparable de toda esa infinita muchedumbre recién asomada a la idea de cultura o de pensamiento, lista a creer en cualquier afirmación que se deje formular de modo o simplemente memorable, extraordinariamente capaz de las más abrumadoras contradicciones — haciéndolas cohabitar en cómoda, perfecta amistad — y muy especialmente fervorosa de cualquier falsa sutileza, de todos esos lugares comunes en apariencia paradojales que adulan su vanidad, y que andan innumerablemente por el mundo constituyendo aún el infinito tema y la infinita vergüenza del arte o la conversacin: infelicidad de los reyes, tristeza de los payasos, clarividencia de los inocentes, timidez de los audaces, fealdad secreta de las actrices cinematográficas, pureza de Lawrence, dificultad extrema de la versificación libre... Eso es "La reina Cristina": una verdadera internacional del primarismo.

Pienso en "La reina Cristina" y pienso en "El romance de Catalina". Pienso en ese ejercicio de libre y ordenada inteligencia, de luminosa fidelidad — no quiero saber si a la historia, ni importa — pero sí a la posibilidad y el interés, que representa la cinta de Czinner. Pienso en el carácter de la heroína, en su evolución. Pienso en la claridad y el poder de algunas escenas: la cena de las burlas; el complot tramado y ejecutado; el látigo hermoso del tirano que no quiere sobrevivir a su orgullo y se prepara la muerte; la reina, enamorada de su marido, pero que lo hace arrestar y ya promete su amor al que la ayudó, porque la vida espera y el destino es mayor... Y si interrogo actores, si busco una confianza en ellos también, si quiero olvidar las manos de Greta Garbo, alternativamente alzadas con ejemplar torpeza en la discusión geográfico-erótica del mesón, si quiero libertarme de la molestia con que trabaja y se la ve trabajar, no tengo más que evocar ese instante de suprema modestia en que Elisabeth Bergner, feúcha actriz incomparable, debiendo hablar ante el pueblo congregado, rehuye la fácil tentación de lucimiento inmediato y busca en cambio, con asombrosa justeza, esa voz forzada, convencional, impuesta y dominada por la necesidad de hacerse oír, que efectivamente se suele adoptar al hablar en público.

POR

NESTOR IBARRA

ILUSTRACION DE GUIDA

Museo de la Confusión

EN "El Hogar" del 20 de julio apareció un cuento titulado Chilín y yo, debido a la pluma de un señor Germán Drás. Entre otras cosas me sorprendió lo que sigue:

"Estamos en la playa. Aquí te gustará correr y saltar, desnuda, después del baño. Entonces esta playa se llenará de vida; ahora está muerta, como todo lo demás. El Paraná suele dejar en la arena toda clase de objetos; cajas, cajones con fruta, maderas raras, tablas, troncos labrados; cosas que vienen de muy lejos, quizá de Matto Grosso; hasta chalanas y huavirobas perdidas que las crecientes arrancan de sus puertos han encallado aquí. Todo esto nos divertirá mucho".

No creo que todo esto los vaya a divertir mucho. Sobre todo si comenten la imprudencia de correr y saltar desnudos entre las latas, cajones, astillas raras, espinas labradas, carozos, vidrios de colores, estalactitas llenas de mota recién llegadas de Matto Grosso, huavirobas repletas de catinga, chalanas cargadas de chala y de lana, piraguas rebosantes de cactos y alfileres de ganchos, y en fin, entre todo ese conglomerado que repartido en un desplayao tiende a hacer más grata la vida en la grata, la quema, el resumidero y la cloaca máxima.

★

En cierto cuento para niños, publicado por la Tía Pompón en el "Mundo Argentino" del 25 de julio, descubrí el siguiente pasaje:

"—La paciencia y la justicia



siempre recogen su recompensa — decía don Pedro cuando alguien le chanceaba por el árbol raquítico, y agregaba: — Yo no tengo hijos, pero quiero a mis árboles como si fueran mis descendientes. Hago por ellos lo que haría por mi prole; darles agua, tierra rica, defenderles de insectos, protegerlos siempre".

Menos mal que don Pedro no tiene prole, que si no ya me lo veo con su poncho calamaco y después de echar un buen trago, llenar la tierra al benjamín, empapar al mayorazgo, correr loco detrás de un bicho canasto, proteger contra la filoxera a los otros descendientes, podar al choznieto, cambiarle los pañales contra el acridio al hijo predilecto, llenar de espantapájaros el jardín de infantes, darle una mano de cal al recién nacido, echarle Bufach al incestuoso e internar en un invernáculo al sacrílego.

★

En "La Novela Semanal" aparece desde hace dos o tres números una interesante sección que firma Mecha, Coca y Bebé. En la correspondiente al 30 de julio tratan entre otras cosas de la despedida del peninsular García Sanchiz y de ciertos regalos que le fueron hechos en esa ocasión. Como ignoro si el comentario se debe al menúfar, a la cocaína o a la mechera la responsabilidad del mismo, lo reparto entre las tres. Expresan:

"El día de su última charla pudimos saludarlo y supimos, de ese modo, la cantidad de obsequios recibidos. Ramos de flores, boquillas, cigarreras, libros finísimos, "porte-bonheurs", alfileres de corbata y, amén de muchas otras cosas, ¡un gato de Angora! En fin, toda una demostración de la más fina y exquisita feminidad".

Claro está que las cronistas, por falta de espacio, han omitido una larga serie de regalos que como los nombrados ponían de manifiesto la más exquisita y delicada feminidad. Como yo tuve ocasión de visitar al republicano en momentos en que éste se dedicaba a empaquetar todos sus repasadores, plumeros y demás implementos domésticos, me fué dable pasar revista a los otros obsequios femíneos, junto a un par de botines del charlista descubrí un hermoso zorrino patagónico que daba olor al pórtico; acullá un campeón Shorton de tamaño natural; ayuso una barba postiza y un hormigón armado; detrás de un biombo convenientemente asegurado un patriarca lleno de etiquetas y con la inscripción: frágil; sobre un canzoncillo de lona de galaico que ostentaba el letrero: se ruega no fumar habiendo señoras, descansaba una pipa de dos caños, y finalmente, rozando apenas un chaleco de fuerza con incrustaciones de nácar y botones dorados dominaba la escena un zapallo angola con la siguiente inscripción en crema chantilly: Mecha, Coca y Bebé, al insigne inmigrante.

Ernesto Mario Barreda en "El Suplemento" del 1o. de agosto se manda un cuento titulado: Celos de él (no de Barreda); extraigo lo que continúa:

"Camila extiende los brazos, abarca el aire tibio, lo aprieta contra su pecho palpitante "

★

Sí, pero como el que mucho abarca poco aprieta, el aire se escapa por entre los dedos, el venticello evita el manotón y los puñados de simún hacen mutis rápidamente, subiéndose a un árbol evitando las palpitaciones y el apechugamiento.

En la misma revista aparece otro cuento, bautizado Consanguinidad y del que es responsable Pedro Piñeyro junior. Dice por ahí:

"Los sentimentales sufren porque desfiguran la vida. La idealizan, la llenan de flores de papel prendidas con hilos de ilusión; y luego se extrañan de que el primer soplo las aviente lejos".

Lo que a mí me extraña es que logren prenderlas con esa clase de hilos, y que después de haberse tomado ese trabajo no las hayan guardado en un sitio seguro, permitiendo en su inconsciencia que el más leve golpe de abanico las remonte a la estratosfera o las envíe a las regiones celestes a conversar con Vulcano.

★

En un gráfico noticioso del 29 de julio se nos informa sobre una nueva cinta de Carlos Gardel titulada: Cuesta Abajo. Sobre la exhibición en privado de esta producción y de su argumento leo lo que sigue:

"Una vez terminada la exhibición, los que presenciaron el espectáculo cedieron sus asientos a los nuevos visitantes para que ellos fueran también transportados a Buenos Aires en esa carpeta mágica que es la pantalla.

Una escena. "Café de la Facultad"; estudiantes que ríen, cantan y beben. Anita Campillo, una simpática muchacha de 18 años, hispano-alemana, nacida en California, es la camarera".

Sobre lo mágico de esa carpeta que de golpe se transforma en pantalla no diré nada, pero sí demostraré mi disconformidad con el sistema utilizado por Gardel en Long Island para dar una idea de Buenos Aires. Tengo la esperanza que los inevitables gauchos, boleadoras, chiripás y demás implementos de esta nueva producción se le habrán sacado por lo menos los membretes que digan anglo-normando, greco-romano, dórico-jónico, rusoja-ponés, etc. para que la ilusión de encontrarnos en Honolulú, islas Sandwich, o en Terra nova sea perfecta. De seguir así las nuevas producciones que podrían titularse Bajo el sol de la guampa o Aquí me pongo a cantar estarán interpretadas únicamente por monos, pigmeos y otros representantes de la industria nacional.

POR

ANIMULA VAGULA

El Preste Juan de las Indias



POR

BENJAMIN BELTRAN

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★

AL llegar a la India los portugueses que doblaron el cabo de Buena Esperanza en 1500 tuvieron un asombro mayúsculo: encontraron perfectamente instaladas muchas colonias de cristianos, los que a su vez quedaron estupefactos de ver arribar y enfrentarse a ellos extranjeros de su misma creencia religiosa. ¡Momento dramático sin duda! Resultaba que los descubridores eran un tanto naturales en esa región lejanísima y que sus habitantes tenían una inesperada visita de sí mismos, como de compatriotas caídos del cielo. ¿Sorpresa menor que la de un hombre que topa a un semejante, inesperado siempre, en un desierto? ¿No es más notable un encuentro, como el de entonces en la India fantástica, de hombres de la misma religión? ¿No es más fácil la existencia de hombres como seres semejantes que el hecho de coincidir en idéntica religión?

Y aquellos cristianos se apellidaban enfáticamente nada menos que de Santo Tomás. ¿Pero eran católicos o herejes? ¿Y qué camino increíble habían hecho alguna vez?

Parece que por el siglo V vivían en Persia, y no estamos muy lejos de la India, cristianos poseedores de verdaderas iglesias, que celebraron concilios y que eligieron a un patriarca que residió en Seleucia y luego en Cosul. Se llamaban cristianos orientales, aunque fueron llamados caldeos; pero lo curioso es que pretendieron que aquel patriarca podía tener con derecho el título de "católico". ¿Era que hace quince siglos había en Persia una iglesia que competía con la Iglesia Católica?

Sigamos hacia occidente, que si es el gran camino que ha hecho durante siglos la cultura, puede ser el modesto camino nuestro para conseguir de la historia, ubre gigantesca de fechas, otros datos interesantes.

¿Hubo gente que se viera obligada a salir de Europa tiempos antes por motivos religiosos? Sí y de Constantinopla, que no dista demasiado de Persia. Resulta que fueron proscriptos por los emperadores los que defendían una doctrina religiosa que había incubado un patriarca de esa ciudad llamado Nestorio. La cual doctrina profesaba de modo heterodoxo la división de la unidad del Redentor en dos personas, separando la naturaleza divina de la humana. (Ya antes Anastasio había predicado que no debía llamarse a la Virgen María Madre de Dios sino sólo Madre de Cristo, porque Dios no puede nacer de una criatura humana). Nestorio enseñó que el hombre había nacido de María y no Dios; de donde no había una unión substancial entre Dios y el hombre, sino sólo una unión de afectos, de voluntades y de operaciones. En fin esta doctrina fué condenada en el concilio de Roma del año 430, congregado por el papa San Celestino. Mas los protestantes la han querido justificar diciendo que Nestorio no desechaba el título de Madre de Dios sino por el abuso que se podía hacer de él; refutando los católicos que dice San Juan que el Verbo era Dios y el Verbo se hizo carne y dice San Ignacio que Jesucristo es Dios existente en el hombre y es de María y de Dios. Entonces: la persona divina nació de María y María es su madre o hay que admitir en Jesucristo dos personas, la divina y la humana, de las cuales ésta nació de María y la primera no y así no subsisten ya en Jesucristo la divinidad y la humanidad en la unidad de persona y la unión que hay entre ellas es hipostática o substancial. No puede haber entre las dos personas más que una unión espiritual: Jesucristo no es ya ni un hombre Dios ni un Dios hombre sino solamente un hombre unido a Dios. No hay encarnación en Jesucristo más que en la Virgen María y Nestorio lo comprendió cuando Anastasio dijo en el púlpito: "Nadie llame a María madre de Dios; María es una criatura humana y Dios no puede nacer de una mujer". Nestorio sostuvo: "Yo no llamaré jamás Dios a un niño de dos o tres meses" y así se vió obligado a admitir dos Cristos, el uno hijo de Dios y el otro hijo de María. Los nestorianos, esto es los defensores de la doctrina en cuestión, también enseñaron, como los griegos cismáticos, que el Espíritu Santo procede del Padre y no del Hijo, que las almas son creadas antes que los cuerpos, que el premio de santos y castigo de malos se suspenden hasta el día del juicio y que los tormentos de los condenados tendrán fin algún día.

Ahora bien: ¿eran nestorianos los que emigraron a Persia y todavía los cristianos de Santo Tomás en la India? Los de Persia siempre rechazaron tal denominación, mas lo cierto es que sus iglesias son cismáticas. En cuanto a la India por el año 535 llegó la doctrina, según parece a la costa de Malabar (en la costa Oeste del Decán) y de ahí se habrían enviado misioneros a la misma China, para perderse en su inmensidad. Y los cristianos con que toparon los portugueses que dijimos no significaban, probablemente, más que una nueva aparición de la doctrina herética, pero ya en el siglo XVI.

A pesar de la gran actividad que desplegaron los nestorianos en la difusión del cristianismo por el Asia Central hasta el siglo XI, consiguieron implantar muy pocas costumbres cristianas. Y he aquí lo más interesante. En el reino de Karait, situado al Norte de Siria, y no en el imperio de Abisinia, como creían los portugueses, es donde los nestorianos lograron su mayor poderío y tanto que convirtieron a un rey de esa región. Y los sucesores de este primer rey nestoriano, siempre cristianos, conservaron su independencia hasta que el reino fué dominado por Gengis Jan, fundador del primer imperio mongol. Parece que uno de aquellos, no vinculado a la iglesia romana, tuvo tratos con el papa Alejandro III, que se concretaron en la promesa de éste de mandar construir una iglesia en Roma y erigir un altar en Jerusalén para provecho de los vasallos católicos.

Las Indias, regiones varias pero adyacentes, son siempre la India, singular y única para nosotros. Y esa patria de la suntuosidad, esa plaza fuerte del derroche, ese lejano laberinto de seda y de oro debía, dándole opio a la fantasía, proyectarle leyendas hermanas trashumantes de los sueños, sueños volanderos arraigados en el aire consistente de la tradición.



Y una de esas leyendas es la del Preste Juan. La cual atribuye a los príncipes de Karait posteriores al siglo XII el hecho de gobernar un vastísimo y muy fuerte imperio cristiano y ejercer simultáneamente el sacerdocio: es decir, que acaparaban el poder temporal y el espiritual. ¿Y como contrapeso quizás tenían la denominación simplísima de Juan? ¿Y no había ni siquiera un Juan sin Miedo ya que no podía haber un Juan sin Tierra? La leyenda fué difundida por los nestorianos con engreimiento, para oponerla a los triunfos incontestables de los cruzados y de los reyes católicos y hacerlos aparecer así como inferiores a los logrados por ellos; quería demostrarse la superioridad de los orientales respecto de los latinos. De ahí el prestigio de la leyenda en el mundo conocido de los siglos XII y XIII. Un obispo de Siria, emisario de los armenios, contó al papa Eugenio III que en las extremidades del Asia Oriental había un rey y sacerdote llamado Juan, que descendía de los Magos de Oriente y tenía gran autoridad en varias naciones sometidas antes de aquellos reyes famosos de que nos habla la Biblia. Tal soberano poseía una corona de esmeralda, habín conquistado a Ecbatana, hoy Hamadan en Persia, y había acudido en ayuda de los reyes medos y hasta de Jerusalén, aunque esta vez sin resultado, a causa de diversos factores. Aparece magnificado en una carta del emperador de Bizancio, Manuel, en la cual "el Preste Juan, rey de reyes, invita al emperador a ir a su encuentro, prometiéndole la superintendencia de su corte". Añade que: "Juan es más rico que sesenta y dos reyes, que setenta de éstos le pagan tributo, que impera sobre las tres Indias, que la leche y la miel abundan en sus Estados comparados a las estrellas del cielo y a las arenas del mar, que le sirven las cien tribus de Israel, que cuando va a la guerra lleva delante trece cruces seguidas de muchas tropas, que su palacio está construído sobre el modelo que Santo Tomás hizo para Gundafor, rey de las Indias, que él vivía aún rodeado de las más hermosas mujeres, que le tratan para santificarse y atender a la propagación de los hijos, que al día comen en su mesa doce arzobispos y veinte obispos, que su mayordomo era primado de su reino y también rey, su copero era rey y arzobispo, un archimandrita (superior de claustro) su cocinero mayor, abad y rey". Y continúa la carta en el mismo tono de grandeza incontrarrestable.

Y hay otra carta: la de Jaime de Vitri, obispo de Tolemaida, escrita al papa Honorio III a principios del siglo XIII y que certifica lo siguiente: "Mientras mejora la situación de los cruzados la de los sarracenos empeora de día en día, porque Seraph, hermano de Conradino, rey de Damasco, tuvo que retirarse por la noticia de que ha invadido sus Estados el rey de la India que poderoso y aguerrido, astuto y triunfador, suscitado por el Señor para exterminar a idólatras y mahometanos, es David, a quien el pueblo llama el Preste Juan, y aunque el menor de sus hermanos ha sido escogido y coronado por un mismo Dios". Aquí está el origen de la leyenda del Preste Juan, esto es, de la conversión del rey de Karait. Y además los nestorianos dan detalles acerca de la aparición de un santo durante una cacería, cacería que contó entre sus números con un rey claramente extraviado, sin orientación posible en su propio reino, como es característica legítima de esos privilegiados casi gobernantes, el cual rey fué vuelto al caminito de su casa por aquel santo que le convirtió en el acto y nada menos que doscientos mil súbditos también fueron convertidos de un modo exageradamente fulminante, proeza de velocidad espiritual.

¿Pero de dónde viene el nombre de Preste Juan? ¿Será del persa "preste chau", que significa rey apostólico o cristiano? ¿O bien "preste" era el nombre dado a los cristianos y "chau" equivale a rey? ¿O Preste Juan implica "rey de los esclavos"? Parece ser que el primer rey tuvo el de Juan como nombre en el bautismo y que sus sucesores lo adoptaron como nombre de familia. Como que los nestorianos ordenan con facilidad y aceptan el matrimonio es muy probable que bautizasen aquel rey y lo hicieran sacerdote; pero también es posible que un religioso nestoriano llegara a conquistar el trono.

Un historiador asegura que en aquellas latitudes y por aquellos años, aparte de los nestorianos, nadie sabía nada del Preste Juan. Lo cierto es que la fantasía medieval deja atrás a la arábiga de las "Mil y una noches", pues en el sexto viaje de Simbad el Marino, que recorrió todos los mares que alumbra el sol, habiendo visitado al rey de las Indias, refiere a su regreso al Califa que aquel rey: "Poseía mil elefantes, un palacio cubierto con una techumbre en la que brillaban cien mil rubíes, que tenía veinte mil coronas enriquecidas de diamantes y que eran de oro y de esmeraldas las lanzas y las armas todas de los servidores de su espléndida corte". En el cotejo la fantasía de la mujer, Shahrazad, fué superada por la de los nestorianos.

Con todo ¿es una leyenda o un hecho verdadero? ¿Para nuestra vida obscura no es todo leyenda? ¿Para nuestro ser ingenuo no es todo suceso verídico? Necesitamos más del suave calor de la leyenda, palma poética de la historia, que de la fría lección de esta profesora madura. Nos queda mejor el engaño que la verdad. Mas para conciliación de doctores en historia y campeones en fantasía, para avenimiento de lo concreto y de lo aéreo, del carromato y de la libélula se puede concluir que: es de toda fe cierta la narración del Preste Juan en el país engorroso de la India antigua, pero en nuestra América despejada se trata sencillamente de un cuento.

El Nuevo Rico ★ *por Héctor Rodríguez*













DON SEGUNDO SOMBRA EN INGLES

▣

He revisado, con Adelina del Carril, las pruebas de la próxima versión inglesa de **Don Segundo**. Esa versión, me aclaran, ha sido trabajada por Waldo Frank sobre un apresurado borrador de Federico de Onís, atento únicamente a dar la equivalencia inglesa, o americana, de las palabras criollas. Onís parece haber desempeñado harto bien ese trabajo ingrato: apenas si en las trescientas páginas revisadas recuerdo un cuchillero traducido por matarife y no por peleador de cuchillo, dos o tres montes decididamente orográficos en vez de forestales, unos naciones que no son italianos, una platita que consta del metal de ese nombre — cosa no muy común en Carmen de Areco — y algún toruno que tiene poco de singular. Además — riesgos de la proximidad mejicana — suele traducir hacienda por finca... La enumeración parece fatal y sin embargo es nula, si consideramos el contrapeso enorme de aciertos. Galeradas ha habido, que no han necesitado una sola nota.

Es conocida la bondad de la versión francesa; ésta de Waldo Frank es muy superior. Ello se debe a que el idioma inglés es idioma imperial, vale decir, idioma que corresponde a casi todos los destinos humanos, a las maneras más diversas de ser un hombre. Hay una zona del inglés que puede superponerse con precisión al cansado español de los troperos de nuestro Ricardo Güiraldes. Hablo del inglés ecuestre de Montana, de Arizona o de Texas: madres de incomparable riders of horses — como dijo Whitman, del gaucho. El patois de la versión francesa tiene algo de irreparablemente agrícola o chacarero: connota bueyes laboriosos y blusas, no altos jinetes y ríos colorados de toros. El traductor americano, inversamente, ha podido recurrir a un inglés que es bien de a caballo.

Hay más. Es dable observar en las páginas de Güiraldes, ante todo al principio de la novela, algunas pocas vanidades de estilo, propias de la hora "ultraísta" en que la escribió. La versión de Waldo Frank las ha eliminado. ¿Esto querrá decir que el gusto personal del traductor es más puro que el de Güiraldes? No sé; prefiero sospechar que es harto más fácil renunciar a vanidades ajenas que a vanidades propias...

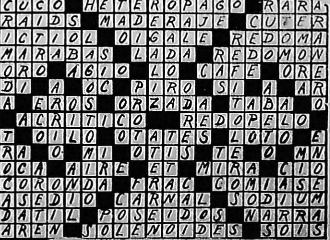
Continuamente, recorriendo la versión inglesa de **Don Segundo**, he percibido la gravitación y el acento de otro libro esencial de nuestra América: el Huckleberry finn de Mark Twain. También es libro de una andanza y de una amistad; pero de una amistad en que la baquía está a cargo del chico, y la veneración y la torpeza a cargo del hombre, y de una andanza por el agua incesante del mayor río de la tierra. (Lo primero fué imitado por Rudyard Kipling en su novela Kim: otro gran libro consanguíneo de nuestro **Don Segundo Sombra**).

Mark Twain, Kipling, Güiraldes: otra vez perseguiré las afinidades, los vínculos secretos y manifiestos, de esos tres altos nombres. Básteme ahora felicitar a los americanos que conocerán nuestro libro, a los argentinos que tenemos tal libro que dar a conocer.

J. L. B.



Crúcese de Palabras



C	U	C	O	■	H	E	T	E	R	O	P	A	G	O	■	R	A	R	A
R	A	I	D	S	■	M	A	D	E	R	A	J	E	■	C	U	T	E	R
I	C	T	I	O	L	■	O	I	G	A	L	E	■	R	E	D	O	M	A
M	A	R	A	B	A	S	■	L	A	D	A	■	R	E	D	O	M	O	N
O	R	O	■	A	G	I	O	■	L	O	■	C	A	F	E	■	O	R	E
D	I	■	A	■	O	C	■	P	I	R	O	■	S	I	■	A	■	A	R
A	■	E	R	O	S	■	O	R	Z	A	D	A	■	T	A	B	A	■	O
■	A	C	R	I	T	I	C	O	■	■	R	E	D	O	P	E	L	O	■
T	■	O	I	L	O	■	O	T	A	T	E	S	■	L	O	T	O	■	E
R	A	■	O	■	M	I	■	O	T	I	S	■	T	E	■	O	■	M	N
O	C	A	■	A	I	R	E	■	E	T	■	M	I	R	A	■	C	I	O
C	O	R	O	N	D	A	■	F	R	A	C	■	C	O	M	I	A	S	E
A	S	E	D	I	O	■	C	A	R	N	A	L	■	S	O	D	I	U	M
D	A	T	I	L	■	P	O	S	E	I	D	O	S	■	N	A	R	R	A
A	R	E	N	■	S	O	L	E	N	O	I	D	E	S	■	S	O	I	S

(Soluciones del Número Anterior)

La Luz de una Estrella, por JOSE REMO SUFFRITI

ILUSTRACION DE PARPAGNOL.



EL enorme recinto de aquellos talleres vibraban con el estrépito ensordecedor de los martinetes, el estampido seco, como descarga de ametralladoras de los aparatos de remachar, el chirrido de los engranajes y punzonadoras, tornos; escapes de válvulas, pitadas de locomotoras, resongos de poleas...

Arriba, sobre las claraboyas, brillaba un cielo puro, claro, y un sol alegre. Era un lunes del último verano, que Andrés Lolmi, oficial calderero, trabajaría en ese ferrocarril.

—¡Otro día más! ¡Otra semana! ¡Otro mes! ¡Otro año!... ¡Hasta cuándo Dios mío!... tendré que huir o...

—¿Che, en qué estás pensando? ¡Hay que meterle! ¡Esa caldera tiene que estar lista para el jueves! ¿Cuándo vas a terminar de sacar los tubos?

La observación del encargado cortó las reflexiones de Andrés... y volvió a empuñar el cortafrío y el martillo...

¡Y así todos los días, todos los meses, todos los años!

A la mañana, en lo mejor del sueño, arriba; lavarse la cara, unos mates con desgano, luego el café, a la disparada, para no perder el tren obrero; ese largo tren, que repleto, hacinados, llevaba todos los días al numeroso contingente de empleados, capataces, oficiales y aprendices. Somñolientos, agresivos, renegando contra la vida, y contra la dura necesidad de ganarse el pan. Diez horas de encierro en aquel inmenso cobertizo, donde nada era agradable, en una atmósfera pestilente de estopas, aceite, grasa, humos, y en donde todo lo que se toca quema. Fraguas de calentar remaches, barras de hierro al rojo vivo, salpicando de chispas los brazos, enormes placas de acero, tubos de bronce, mazas de golpear, pesadas cuñas y guinches gigantescos, llevando locomotoras colgadas de sus pescantes, como si fueran chiquilines. Gritos, estallidos de válvulas, sordos rumores, explosiones lejanas...

—¿Y tendré que seguir toda la vida así?... podré soportar... — pensaba Andrés, al terminar de extraer el último tubo de la caldera de aquella locomotora. Tenía que estar lista para el jueves.

Andrés, justamente, ese día había dispuesto faltar al trabajo... ir a pasear, al cine, al río, a cualquier parte. Festejaba a una muchacha del barrio Arroyito, hija de obreros ferroviarios como él. Recordaba que ella le dijo la noche anterior al despedirse: "Andrés, a ver si este mes sacás más sueldo, procurá no faltar ningún día; así nos podemos comprar los muebles. ¡Estoy cansada de lavar la blusa de mi hermano el calderero, de mi padre el ajustador, de mi primo el maquinista; y así toda la vida!"

¡Diez años golpeando la maza, cortando remaches, agujereando chapas, aplastando bulones! Una angustia enorme, una pena infinita, se apoderó de él.

¡Qué largas, monótonas y pesadas se le hicieron las horas ese día!

Luego en el tren de regreso al hogar, volver a escuchar las mismas conversaciones de todos los días, de todos los años!

—¡Hoy corté más de quinientos remaches! — decía con orgullo un mocetón fornido, de brazos cortos y musculosos.

—¡Cuántos tubos sacamos de la ciento noventa; la que corre a Retiro! — agregó un aprendiz flacucho, de mirada dura, sin la inocencia de la niñez; y como si quisiera hacerse el hombre, fuma tragando el humo de un toscano.

—Parece que van a traer nuevas locomotoras de Inglaterra, para correr los rápidos — dijo uno.

—¡Entonces tendrán que aumentar el número de los obreros!

—¡Si apenas hay trabajo para nosotros, no sé porqué los van a tomar! — terció Ferrari, un ajustador viejo, gordo, petizón; de cara redonda como los anuncios del Té Sol.

—Pero ché ¡usted parece que los va a pagar con su plata! ¡Como si fuera el dueño del ferrocarril! — cortó brusco Andrés.

—¡Si trabajamos fuerte este mes, vamos a sacar más de trescientos pesos cada uno! — dijo Garaque, (el Vasco) encargado de una cuadrilla.

El tren ya llegaba a las Quintas de Ludueña, florecidas de montes y alfalfares, y allí aguardó el cruce de un especial, que iba a Córdoba, a las sierras... A marcha lenta pasó frente al otro, eran casi todos coches dormitorios; dos cabezas de mujeres, de revuelta cabellera, miraban el paisaje desde las ventanillas. Al llegar junto al coche en que iba Andrés, Chico Pérez el fundidor, mirando a las mujeres y extendiendo el brazo con un gesto significativo, comentó: ¡Ahí van las porteñas, las tuberculosas para las sierras... Veanlé las caras, que se jo...roben, quién les manda hacer vidas de calaveras! Si trabajaran como nosotros...!

Andrés, sentado frente a él, cabizbajo y triste, tuvo deseo de darle un par de bofetones, por esa falta absoluta de piedad; mas Chico Pérez, era un destacado vociferador de los mitin y asambleas, y tendría de su parte a todos.

Los comentarios de esa gente, le llenó el corazón de una profunda amargura; y un sentimiento de asco, lo hizo levantar del asiento. Solo, afuera, sobre el estribo, se dió a pensar lo que sería su vida entre ellos. ¡Siempre haciendo el mismo trabajo, escuchando las mismas conversaciones! Y ahondando más el análisis, veía el fondo turbio, sombrío y ambicioso de esos pequeños capitalistas en potencia. Todos eran iguales; llenos de envidia, odiando sin saber porqué, defendiendo su puesto y los sueldos, con terrible egoísmo. ¡No; él no sería como ellos, no!

El tren detuvo su marcha en el cruce de la Avenida Salta; y un ruidoso tropel, llevándose por delante, haciendo burlas, exentas de gracia, descendieron la mayoría de ellos.

Los tranvías y ómnibus se llenaron de una masa compacta, uniforme, semejándose en el vestir, con el mismo gesto, la misma mirara insolente, provocativa y sobradora...

El uno tiraba fuertemente de la campanilla, otro sacando una billetera enorme pedía un boleto y daba un papel de cincuenta pesos, para que se cobrara, aquél piropeaba a las mujeres, ése chistaba a los que iban por la vereda; no dejaban tranquilo a nadie...

Andrés esa tarde rompió la costumbre. ¡Diez años, a la misma hora, en el mismo sitio, y el mismo tranvía! ¡No, ya era demasiado! — Y un extraño presentimiento, una inquietud nunca sentida hasta entonces, un deseo punzante de romper, huir, eliminarse; algo en fin, que tronchara esa absurda costumbre, esa aplastante existencia. Y a pie, solo, con su dolor a cuesta, encaminóse bordeando la vereda.

★

Las primeras luces del alumbrado brillaban en el aire, y aparecieron a sus resplandores los letreros de los negocios.

"Almacén de la Caldera" — decía en un letrero rojo, enorme, con una caldera de locomotora pintada de negro. "Tienda y Mueblería de los Ferroviarios" — en otro que abarcaba todo el ancho de la puerta. "L. Georgini. Constructor y Arquitecto. Se dan créditos y facilidades a los obreros del ferrocarril" —decía una placa esmaltada. "Carnicería El Triunfo del Obrero" — en uno de latón que ostentaba un trabajador empuñando el martillo. "Relojería El "Ajustador", "Café La Locomotora", "Peluquería de los Maquinistas", y así de ambas veredas hasta el puente del Arroyito.

Huyendo de aquella atmósfera sofocante llegó por una calle transversal, hasta la bajada de Bianchi, a orillas del Paraná, a buscar aire, consuelo, para ahuyentar esa angustia...

El querido y viejo río, donde tantos compañeros dieran con él las primeras zambullidas, corría para abajo, hacia el sud, hacia donde van los buques de ultramar... y allí, solo, frente al inmenso cauce, lloró de rabia, de angustia; lloró la tristeza y uniformidad de su vida desteñida, estúpida, y entró a su casa, decidido y sereno.

★

La cena fué una continuación, de la misma cena, de todos los días, de toda su vida. Cinco bocas que engullían. Cinco cabezas inclinadas sobre el mantel, ausentes unas de otras; sin ningún pensamiento que las uniera, encerradas cada cual en su angustia, en sus ansias, en sus aspiraciones.

—¡Qué poca sal tiene la sopa, cristo! — y el puñetazo brutal de Bautista Lolmi, los volvió a poner frente a frente.

—Papá, sea un poco más suave, para decir las cosas, casi me tumba el plato — musitó tímidamente Elisa, la menor, una rubia que apenas llegaba a los quince, de frente amplia, abombada y mirada suave; e inclinando la cabeza, temerosa, por el ceño fruncido de Lolmi, continuó tomando la sopa.

Andrés, sonrió tristemente, y dijo para suavizar la tormenta: Ya saben que a él le gusta bastante salada la comida.

—Eh, que yo non me acordé de probarla Bautista — agregó doña Rosina —; y los ojos azules, ingenuos, dolorosos de la madre, erraban por todo el cuarto, sin atreverse a detener en un punto fijo.

—¡Tendré que hacérmela yo ahora la comida! ¡Es lo único que me faltaba! ¡Después de golpear la maza todo el día!... ¿A ver si tengo que ponerme las polleras? ¡Cristo! ¡La gran...! — Y el nuevo puñetazo que descargó sobre la mesa causó un desastre.

—Pero papá, va a romper la mesa, qué modo de decir las cosas...

—¡No puedo tener otro! Yo manejo fierro, martillo; no tengo manos de cera como usted señorita. ¡e basta!...

Y todo el rencor, el odio, la amargura de tantos años de trabajo; el fracaso de muchas espiraciones y deseos insatisfechos, los volcó Bautista Lolmi, sobre su familia. Se puso de pie violentamente ,tumbó la silla, arrojó un plato al suelo, y encarándose con la madre de sus hijos, con la compañera de toda la vida, le gritó colérico, enfurecido: ¡Otra vez que la sopa no esté bastante salada, la meto a usted de cabeza dentro de la olla!

Un silencio angustioso, poblado de amenazas, flotaba en el comedor. La cena quedó malograda. Doña Rosina, conteniendo las lágrimas que pugnaban en sus ojos, recogió el plato, levantó la silla, y envolviendo a sus hijos con la bondad de su mirada, salió al patio.

Elisa y Marta, guardaban un silencio hosco, agresivo; sentían vergüenza, asco, dolor y una piedad insultante hacia Bautista Lolmi, su padre ... y Andrés, presintiendo el drama, no contestando a las provocaciones e indirectas, opto por abandonar la pieza.

En la cocina, abrazando a su madre, besándole los ojos le decía: ¡Mamá, mamita, yo no puedo soportar más, yo voy a perderme algún día, haciendo una barbaridad!

—¡Por Dios bendito, Virgen Santa! ¡Por qué son todos así!

¡Como vuelva a ofenderte, se me escapa la paciencia, y temo que se me vaya la mano, y temo madre! ¡Tengo miedo de volverme un. .! Hasta luego viejita, no le conteste, déjelo que siga gritando. Voy hasta lo de Carmen...

★

Las madreselvas, jazmines y sauzales, que bordeaban el camino hasta la casa de la novia, susurraban al impulso del suave viento que venía del Paraná.

La noche, una de esas noches maravillosas del verano en Rosario, de cielo oscuro, brillante, como un mar lleno de boyas luminosas.

El barrio Arroyito en reposo; uno que otro almacén permanecía abierto. Ladró un perro, al paso de Andrés junto a la quinta. El escape de una locomotora, subiendo la cuesta del Alberdi, repercutió allá al Este, en las islas. Una pitada estridente resonó en el río. Era un Tramps" carguero que corría para el Sud, y la voz de un tenor de almacén, se escuchó a lo lejos... Y Andrés, caminando con desgano, inquieto, pensaba:

—Yo también me volveré así, llegaré a ofender a mi compañera, a mis hijos, a mis amigos, a mis camaradas del trabajo. Será el continuo manejar objetos rudos, pesados, que nos vuelve agresivos, bruscos; no será el continuo ver las mismas caras, el mismo paisaje, chato, pesado e incoloro de un taller de ferrocarril... Y las otras gentes, las que no son obreros ferroviarios, las que efectúan otras tareas en la vida, ¿serán lo mismo? Y pasaba revista en su memoria a todos los que más vociferaban contra los otros, los felices, los que viajan y sueñan; Chico Pérez, González el ajustador, Ferrari, López, Garaque, Bautista Lolmi, sí, su padre. En una ocasión le oyó decir en una asamblea:

—¡Compañeros! Esos burgueses, esos aristócratas, que nos roban nuestro sudor, nuestros esfuerzos, que no dejan la libre expansión de nuestros ideales... Hay que tumbar compañeros, ese régimen nefasto, e implantar el Reinado del Amor, y la Fraternidad Universal... y era él, sí, su padre, el que más se destacaba en la prédica, y evocó su niñez, su infancia, su vida toda, hasta esa noche.

¡Infancia y niñez llena de sol y cascotazos a los vigilantes!; bañadas en el Paraná, incursiones a las quintas de frutas, coladas en los tranvías. A los trece años, el primer pantalón largo, y el primer choque brusco con la realidad fué la mañana que entró en la sección calderería, de la mano de su padre, quien presentándolo al vasco Garaque, con estas palabras: "Che Vasco, aquí te traigo a mi hijo, quiero que sea calderero, y que vos hagas de él un buen oficial. Ahora empezará de aprendiz como todos, — y agregó luego — Ya sabes Vasco, en cuanto no te haga caso a vos o a los oficiales, métele un par de patadas, y me lo traes de una oreja hasta mi fragua, no le aflojes que éste es medio rebelde" — y empezó la chata e incolora existencia del aprendiz calderero.

★

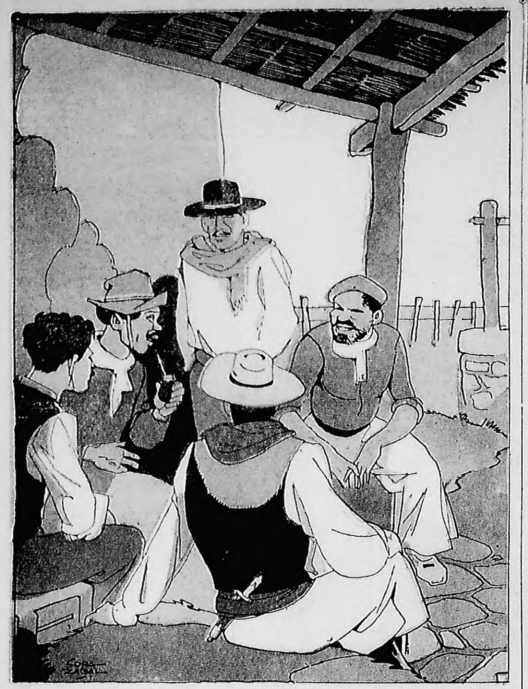
Mañanas del verano con rumor de pájaros, coladas en los tranvías, zambullidas en los arroyos, las guerrillas de los barrios rivales, todo lo que perfuma, adorna y matiza la niñez se truncó de golpe. Luego el desarrollo, la primer mujer en el "Paredón de la Avenida", le hizo vislumbrar un mundo nuevo. Llegando a los diez y ocho, los bailes en los pic-nics, las veladas en los centros sociales, los puso en contacto con la literatura revolucionaria y sociológica, y a los veinte años, era ya oficial calderero, y día a día se tornaba más chato, más uniforme, más pesada su vida. Siempre las mismas tareas; entraba una locomotora en reparación, por ejemplo, una tipo cien, las que corren los rápidos; caliente aún, llena del polvo de los caminos, con su miriñaque que rompe la sombra, el viento, las nieblas, salpicado de pasto; con algunas margaritas silvestres entre los brazos y las bielas; llegaba a los talleres; afuera en el corredor, los ajustadores le apagaban los fuegos, le sacaban el forro de la caldera, la casilla, y la chimenea, y libre de su plataforma, entraba la caldera a la sección reparaciones, y como un buey enorme, panza arriba, quedaba allí hasta que se le hicieran los arreglos.

Tiene la tubería que pierde, la placa de la caja de fuego rajada, los stays del lateral caídos, y algunos remaches del cuerpo cilíndrico flojos, —decía el informe del encargado, y comenzaba a distribuar las tareas.

—Vos Andrés, con el aprendiz a cortar los remaches; el medio oficial con un ayudante, a sacar los tubos; yo voy a agujerear la placa; y nada de haraganear; hay que meterle duro y parejo; tiene que estar lista muy pronto, y ya lo saben ustedes, cuanto más trabajen, más ganan...

¡Y así todos los días, los meses, los años, toda la vida! No, no puedo. — Y Andrés se asustó de sus propias palabras dichas en voz alta —. No puedo convertirme en eso, me haré vago, linyera, huiré lejos, donde nadie me conozca, no puedo convertirme en eso, sí, en eso; tengo miedo de volverme también yo como ellos, sí, como todos ellos. ¡Un tubo, una placa de cobre, un remache, un trozo insensible de fierro, estopa, carbón!...

Y clavando la mirada en una estrella enorme, brillante, que a mitad del horizonte, allá a lo lejos, hacia el Sud, sobre los eucaliptus del barrio Vila, le indicaba el camino de la salvación, pasó sin detenerse, por detrás de la casa de su novia...



El Tumbeador Losa

POR

Nemesio Chourroul

Ilustración de Sorazábal

EN sus andanzas de gaucho sin paradero fijo, al tranco de su zaino, sin ningún apuro, el negro Losa se llegaba a la Totora calculando la puesta del sol, y con toda la picardía que la experiencia de esa vida le había enseñado, sabía que llegando a esa hora en ninguna estancia grande se le niega permiso a nadie — por lo menos no estando los patrones, o si el mayordomo no era algún inglés "retobón" y más serio que un "ministro"; además, esa era una estancia "buena", y muy conocida por cuanto tumbeador andaba por la zona. Aunque también el mayordomo ya tenía la orden de no dejar parar a nadie, por lo general, estos hombres, conocedores de las necesidades de todo hombre "rolante", no dejaba de dar "licencia" por un día o una noche; por eso, "pa no comprometerlo al hombre", Losa y todos los de su condición, ya se encargaban de averiguar en el boliche si andaba "la mayoría". Así fué que el paisano después de apearse sin pedir permiso ni pasar adelante, empezó a desensillar con toda parsimonia, y cuando hubo terminado, tomó un balde con agua, lo derramó sobre el lomo del caballo, sacó su fariñera, raspó con el revés de la misma el agua sudorosa de los costillares, hasta que dándolo por bien bañado lo soltó dándole unas palmadas por el anca mientras le decía: "Andá, por hoy tenés bastante, y mientras el zaino olfateaba la tierra buscando un lugar parejo y polvoriento para revolcarse, el negro lo contemplaba con devota veneración, porque en realidad, el animal era guapo y manso, constituyendo para Losa, su amigo, su familia y su mundo; así, todas las cosas que para él tenían más importancia eran las que estuvieran relacionadas con su caballo, de modo que como aquel día — en el concepto del gaucho — habían cumplido ambos una jornada gloriosa, el negro ató el recado, lo echó al hombro, y componiéndose el pecho se dirigió hacia la cocina de los peones radiante de satisfacción, y con vivos deseos de comentar con alguien la brillante hazaña cumplida con su compañero, especialmente con el mayordomo que sabía venir a tomar unos mates con la peonada antes de cenar, e informarse en esa forma de la labor cumplida por el personal, dando al mismo tiempo las órdenes para el otro día, aunque esa mas bien era cosa del capataz, que por estar en contacto directo con los peones hacía a su gusto la distribución del trabajo. Así fué que al llegar a la cocina dejó el recado en el suelo, para entrar inmediatamente dando su clásico: "Buenas noches señores", que le fué contestado con singular muestras de bienvenida por los otros paisanos que ya conocían al negro, sabiendo que tendrían oportunidad de pasarse algunos buenos ratos, porque Losa era de estos que "por donde los tocan se quiebran", no faltándole nunca cuentos o relatos que él se encargaba de darles proporciones extraordinarias.

Yo con los otros, tomó un asiento hecho con dos caderas de vaca amarradas con tientos y forradas con un cuerito de ternero; pasó a formar rueda con la peonada que comentaba su presencia con las más diversas "chuscadas" siendo para ingenua vanidad de Losa el mas halagüeño regalo; pero él, afectándose "picado", refutaba con esa singular habilidad, que es característica en el gaucho vago para congraciarse con las personas de los lugares donde para, no haciendo de esa forma cargos a su estada. En cuanto se ubicó, lo más cercano del fogón que pudo, lugar estratégico para "abarajarse" los mates de todos los cebadores, como también donde está más concentrada la atención de todos — no faltó quien le alcanzara un amargo mientras le decía en tono jocoso: tomá, negro embustero, a lo que contestó en "el aire": Sí, desde que la bolié a su hermana, lo que fué celebrado por los circunstantes por una salva de risotadas francachonas que fueron calmándose entre los más diversos dichos, que no por antiquísimos, trillados y rastrillados dejan de tener su efecto entre el gauchaje, porque son aplicados con admirable oportunidad, yendo por lo general tendiendo a dejar en ridículo al que según opinión general haya sido derrotado en la "chuscada"; por eso, ahí nomás le largaron — cada uno por su lado — Tomá pa tu caldo ají Toriato nomás al negro — Ya lo vas arriar con las riendas — O te pensás que es de pararlo a mano?

Mientras tanto, como de costumbre "cayó" el mayordomo, el que fué saludado por un general: Buenas noches, señor", con toda naturalidad, a excepción de Losa que amagando levantarse medio se solivió el sombrero, mientras decía: "Cómo está don Jaime?

—Bien, y a vos, ¿cómo te va? ¿Qué vientos te traen por estos lados?

—Y, aquí andamos, señor... A las vueltas, "como borrego alunau".

Esta bueno... Che decime una cosa. ¿Se puede saber porqué llegaste con el caballo sudado?

Esto era precisamente lo que esperaba el negro para largar su hazaña, y con la más enfática aparatosidad contestó:

—¡Habiera visto don Jaime!... Resulta que estaban de yerra allí en La Verde, y al terminar les da por descornar a un toruno chúcaro, pero cuando lo traían cinchndo se le corta el trenzau a Castro que era el enlazador, y ande va que al animal enfurecido le da por atropellar pa lau del mujerío... ¡Mama mía, qué alboroto! Porque claro, como estaba la patrona con unas puebleras de colorau, al bestia le pareció sangre... ¡Quedó el tendal de mujeres! Y lo pior que después supe, no tenían ni agua florida pa los desmayos:; Güeno, la cosa jué que yo que era de los que veníamos rempujando de a caballo, no hice más que cruzar a dos verijas al mancarrón, suerte que al llegar a las mujeres, me lo pude calzar al toruno puatrás de la aspa con el encunerto del zaino y me lo saqué campo ajuera; pero no vaya a creer que se fué sin descornar porque yo le quebré las dos aspas a garrotazos.

Ya macaneaste, le dijeron algunos, pero no con mucha insistencia, porque así, también les quedaba a ellos la oportunidad de mandarse otros bolazos semejantes.

—¿Y qué milagro que no te quedaste a la pasteleada? — preguntó el mayordomo.

—No tenía ganas — contestó el negro.

Pero no faltó quien le dijera:

—De lo que no tendrías ganas, sería de hacer algún trabajito que le estabas tomando el olor.

—No che, al trabajo nunca le he tenido miedo, y soy capaz de prendérmele a lo que se dea güelta.

Pero, efectivamente era como el otro se palpitaba, porque con el movimiento de hacienda, quedaron deshechos los alambrados, y además, había la posibilidad de que al otro día le ofrecieran un trabajo de hacer un canal a pala.

De el relato de Losa, surgieron otros por el estilo, que en diversas ocasiones habían cumplido cada uno de los presentes; pero Losa, que nunca se quedaba corto, teniendo además la costumbre de atribuirse los casos ocurridos a otros u oídos en ruedas de fogón, se largó diciendo que: Una vez, viniendo de Tapalqué vide que estaban cerdiando la yeguada chúcara en La Independencia, de un tal Juan Palenque.

Cuando ya me estaba alistando pa tirar unos volcaus, veo que medio se apelotona la potrada hasta que una baya cimarrona, saltando por encima de los otros jué a cair ajuera del corral. ¡Jue-pucha!, dijo el capataz, al que la enlace le pago las copas. Y salió el paisanaje lonja y lonja. Yo que carculé pu-and-iba pegar güelta el animal me corté solo pa salirle a la cruzada, y así no más jué; en cuanto la vide rumbiar pa mi lau, al faldiar una lomita, le pegué la-tropellada, hasta que me le puse a tiro, pero en cuanto le ceñí el trenzau, junto con lo que pegaba el tirón, se me pierde el trompeta en una vizcachera... ¡Rodada fiera, amigaso! Válgale que salí parau, pero con la juria que traiba, no le pude cuerpiar al lazo que estaba como cuerda e guitarra, pa pior me agarró puabajo el brazo, cuando me pude asujetar, la rosadura se había llevau ¡la blusa, la camisa y hasta las carnes, canejo!... ¡Me quedaron humiando las costillas!

Junto con la terminación del cuento estuvieron listos los asados y Losa, sabiendo que se había ganado el día, sacando su "faca" primero que todos, la chairó en el suelo con admirable destreza, la limpió en la bota al tiempo que pegaba el grito de: ¡Al asau, qué hacen! y de un solo tajo de la parte más jugosa, se retiraba con el mejor pedazo, mientras decía, nombrando su bocado: ¡verija pa andar en fija!





Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim









